This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 4501.1.70

Harvard College
Library

FROM THE BEQUEST OF

GEORGE HAYWARD, M.D.

OF BOSTON, MASSACHUSETTS

CLASS OF 1809

ROBERTO PAYRÓ

EL TRIUNFO DE LOS OTROS

Comedia Dramática en 3 Actos

BUENOS AIRES
IMP. M. RODRIGUEZ GILES—BMÉ. MITRE 1423
1907

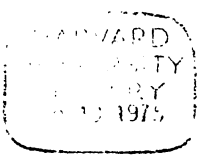
ROBERTO PAYRÓ

El Triunfo de los Otros

COMEDIA DRAMÁTICA EN 3 ACTOS

BUENOS AIRES
CASA EDITORA É IMPRESORA DE M. RODRÍGUEZ GILES
Bartolomé Mitre 1423
1907

SAL 4501.1.70



Hayward

A ENRIQUE CAPRILE

PERSONAJES

JULIÁN, 40 años.
INÉS, 35 años.
DOÑA AMALIA, 60 años.
ERNESTO VIERA, 30 años.
ANTONIO BERMUDEZ, 45 años.
JOSÉ CIENFUEGOS, 30 años.
LEVY.
DR. MARTÍNEZ.
CABALLEROS 1º y 2º.
MENSAJERO.

La escena, cuyos detalles deben ajustarse al caracter y posición del protagonista, representa un escritorio pobremente alhajado, que al propio tiempo sirve de comedor; fuera del sitio ocupado por los pocos muebles, las paredes están cubiertas de grandes estantes llenos de libros. Ventanas con postigos dejan ver al foro la calle con árboles de un arrabal. Puertas á ambos lados; las de la izquierda del actor comunican con la huerta y las habitaciones interiores; la de la derecha con el exterior.

EL TRIUNFO DE LOS OTROS

ACTO PRIMERO

ESCENA I

JULIAN, luego INES

Julián está escribiendo á la luz de su lámpara. Hace un ademán de fatiga, se levanta y va á abrir los postigos, por los que entra la viva luz de la mañana. Apaga la lámpara y se sienta de nuevo á escribir. Aparece Inés, que va de puntillas á besarlo en la frente.

JULIÁN.—¡Hola, dormilona!

INÉS.—¿Acaso hago de la noche día como tú?

JULIÁN.—(*aludiendo á la luz clara del día*). La noche retrasa á veces...

INÉS.—Son las ocho. Y tú ¿á qué horas te levantaste, que no te oí?

JULIÁN —A las dos. Quería terminar este trabajo que vendrán á buscar á las nueve.

INÉS.—¿Qué es?

JULIÁN.—Un discurso que me ha encargado Bermúdez sobre el proyecto de ley de divorcio.

INÉS.—Siempre trabajando para los demás, nunca para tí, para nosotros! ¡No quiero!

JULIÁN.—(*risueño*). Vaya, no te alteres. Ya llegará el día. Tengo la convicción de que se acerca. En fin: dame un poco de café. Necesito aclarar las ideas.

INÉS.—¿Te falta mucho?

JULIÁN.—El párrafo final. Busco algo de efecto, algo altisonante y que, sin embargo, no resulte ridículo.

INÉS.—Habías puesto agua á calentar... (*Se ocupa en preparar el café y otras menudencias, hablando con pausa*).

JULIÁN.—Sí.

INÉS.—¿Lo quieres con un poco de leche?

JULIÁN.—No: puro, puro.

INÉS.—Sabes que te hace daño, que te excita.

JULIAN.—Es, precisamente lo que quiero. Un latigazo á los nervios para acabar con el discurso.

INÉS.—Tu discurso de Bermúdez .. Tu seudónimo no me gusta, tanto más cuanto que hace mucho trabajas con él sin provecho. No me gusta ningún seudónimo. Quisiera verte trabajar, por fin, á cara descubierta, en evidencia, conquistándote el lugar que te corresponde, y no haciendo esfuerzos que encumbran á otros y á tí no te dan sino para vivir estrechamente, casi en la miseria.

JULIÁN.—Bah, Bermúdez ha prometido ponerme el hombro, sacarme á la luz, y entonces ¿quién me detiene? Se acabaron las amarguras, las dificultades, se derrumbó la barrera en que me estrello, y queda ante mí el campo amplio y abierto, que sabré conquistar y dominar. ¡El mundo es mío, Inés! ¡Ahora vamos á vivir la vida! ¡Ahora empieza nuestra juventud!

NÉS.—A los cuarenta años... Con la salud arruinada por el exceso de trabajo... cuando otros descansan ya...

JULIÁN.—O han muerto, sí... Pero el triunfo rejuvenece, es un renacimiento, un vigor nuevo, una fuerza que ya siento y me agiganta con solo imaginarlo! ¡Tú no tienes esperanza, tú no tienes fé! ¡Cree en mí, espera en mí, mujer, como creo, como espero yo! Y aleja de tí la tristeza que me enerva, ese aire de resignación que tomas en cuanto dejas de vigilarte. ¡Sonríe, son-

ríe! Tú debes ser el rayo de sol en esta casa, mi rayo de sol, mi fuerza, mi confianza, mi convicción del triunfo. ¡Sonríe, sonríe!

INÉS.—Por tí me aflijo, no por mí. Soy tu compañera desde tus veinte años. A tu lado aprendí a pensar y á observar el mundo. Siempre creí que te conquistarías una posición con tu talento y tu saber... Los desencantos y las derrotas se han sucedido sin interrupción durante veinte años de lucha continua. Para mí eres más grande, mucho más grande que antes; pero ¿para los demás?... ¡No basta serlo para tu pobre mujer, Julián! ¡hay que serlo para todos! La vida es tan triste, tan amarga, tan dura...

JULIÁN.—Pero ¿qué quieres que haga?

INÉS.—¡Qué triunfes! (*le sirve el café*).

JULIÁN.—¿Y cómo había de triunfar hasta ahora, con todas las puertas cerradas, con todos los caminos barreados? Quince años de periodismo anónimo me exprimieron material y mentalmente. Pero siquiera vivíamos de mis jornales,—porque no fuí otra cosa que un jornalero de la plùma, y mi trabajo redundó siempre en honra y provecho, no mios, sino del propietario del periódico. Sabes perfectamente cómo sacudí el yugo, cómo escapé á la esclavitud para caer en esta falsa independencia, en la que no dependo de uno sino de muchos, y en la que á veces no logro ganar nuestro pan... ¡Libros ajenos, dramas ajenos, artículos ajenos, discursos ajenos!... Se olfatea mi existencia, se conjetura mi aptitud, se me asedia para que lave toda esa ropa sucia, para que edifique sólida y magníficamente con ridículos granos de arena. Y, sin embargo, ¡no tengo reputación! ¡soy un desconocido, un anónimo!...

INÉS.—Esos mismos hechos te están probando que no lo eres.

JULIÁN.—Para los que me utilizan no; para el público, para el pueblo, para lo que importa, para aquellos cuyo aplauso es una gloria, una caricia, el soplo del futuro, sí; desgraciadamente sí!

INÉS. —¡Surge! ¡Levanta entonces la frente, muéstrate, para que te vean y te admiren!

JULIÁN.—Fácil es decirlo... ¿Cómo?... ¿Con el diario que mata? ¿Con el libro que no encuentra editor ó debe regalarse? ¿Con la mezquina política de las camarillas ignorantes y ambiciosas? ¿Con un sectarismo cualquiera?... Todo lo he ensayado... inútilmente; y si el teatro...

INÉS. —(*Con esperanza entusiasta*)—¡Ah! Tu drama...

JULIÁN.—(*Continuando*)—Si el teatro me es tan hostil como el resto, ya puedo, ya tengo que resignarme á seguir contigo la misma vida de zozobras, de angustia y de miseria! ¡Pobre Inés! (*pausa. Transición á la alegría*). ¡Pero, no! Confío en Bermúdez; es bueno, sabrá agradecer, cumplir sus promesas y entonces, entonces querida, trabajaremos para nosotros, venceremos, gozaremos, nos desquitaremos en el banquete que hasta ahora preparé para los otros sin gustarlo jamás.

INÉS.—Antes será preciso que rompas muchos lazos.

JULIÁN.—(*poniéndose en guardia*) ¿Qué quieres decir?

INÉS.—Perdóname Julián, pero, si yo no te digo la verdad ¿quién te la diría? Estás mal rodeado... Debieras codearte con otra sociedad, intelectual y socialmente más elevada, introducirte en el círculo de los que han llegado ya.

JULIÁN.—¿Esos?... ¡Quieren que se les solicite, que se les rinda pleito homenaje! ¿Por qué?... Yo no he de hacerlo, ¡oh, no! ¡Que me busquen á mí, que me llamen, que me reconozcan! Sino... sino, déjame con los

infelices que acuden á rodearme, que no me exigen vasallaje, al contrario...

INÉS.—Que te adulan...

JULIÁN.—¡Inés, Inés!

INÉS.—No te enfades, queridito. Deja que tu mujercita te diga estas amargas verdades, porque no quiere sino tu bien... Te adulan, te explotan, y lo que es peor, en vez de alzarse hasta tí, te rebajan hasta su propio nivel en la opinión ajena...

JULIÁN.—No digas esas cosas. Calla porque no puedo soportarlas y no quiero enojarme!

INÉS—Piénsalas, sin embargo.

JULIÁN (*escribiendo*) — Sí... Sí... Déjame... ¡Oh, buen sentido! ¡cuántas injusticias se cometen en tu nombre!

INÉS.—¡Ah! (*suspira como si sus palabras le hubieran costado un gran esfuerzo, y contempla tiernamente á Julián, que sigue escribiendo. En seguida ve pasar una sombra por el foro, y exclama:*) ¡Ahí viene tu amigote Viera, el más inútil y el peor de todos!

JULIÁN.—¡Pobre muchacho! Bajo su capa de imbecilidad y de vicio tiene buen corazón.

INÉS (*hace que se va*).

JULIÁN.—Quédate, por favor. No lo trates mal: no lo merece tanto como muchos. Y á mí... me sirve.

INÉS.—Como quieras.

ESCENA II

Dichos—ERNESTO VIERA

ERNESTO (*soñoliento y con la lengua algo torpe*). —Buenos días. ¿Trabajando tan temprano? Muy buenos días, señora.

JULIÁN.—¡Oh! ya hace rato que estoy en pie. Desde las dos.

ERNESTO.—¡Caramba!

JULIÁN.—¿Quieres café? (*vuelve á escribir*).

ERNESTO.—De mil amores. Me he levantado con la cabeza un poco...
INÉS (*irónica*)—Me doy cuenta.
ERNESTO.—¿Por qué, señora?
INÉS.—¡Oh! ¡por nada! por nada malo... Sus quehaceres, sus preocupaciones (*irónica*)
ERNESTO.—¡Ah, sí! La vida se está haciendo tan difícil...
INÉS.—Sírvase usted (*le sirve*).
ERNESTO.—¡Muy honrado!
INÉS.—¿Tiene suficiente azúcar?
ERNESTO.—¡Está exquisito, señora!
INÉS.—Algo frío, quizá.
ERNESTO.—Tibio. Lo prefiero así. (*Apura y le devuelve la jícara*).
JULIÁN.—¡Gracias á Dios! (*tira la pluma y se levanta*). ¡Ya acabé! Seis horas largas de tarea intensiva. Tengo las piernas flojas, y la cabeza me da vueltas.
INÉS.—Descansa. Recuéstate un rato en el canapé.
JULIÁN.—Al contrario. Hay que poner la sangre en movimiento...
INÉS.—Vuelvo en seguida.

ESCENA III

JULIAN—ERNESTO

ERNESTO.—Parece que tu señora me huye...
JULIÁN.—No lo creas. Es que la pobre lleva todo el peso de la casa (*recostado en el canapé*). Y aunque yo anhele verla como una reina, realizar todos sus sueños:...
ERNESTO—¡Es tan inteligente! ¡Tiene tanto talento!
JULIÁN (*como si la profanase*)—Calla. ¡Piensa lo que quieras, pero no me lo digas! ¡No lo digas tú, sobre todo!
ERNESTO.—¿Por qué?
JULIÁN.—Porque... porque... yo no te hablo de ella. Tú eres un ser particular, un ser indefinible y proteiforme para mí, que te

imagino tal como se me ocurre, como necesito que sea mi interlocutor del momento... Y por eso te quiero, ¡oh, pretexto andante de mis monólogos!... Vamos, dame tema para soñar y hablar soñando. ¿Dónde estuviste anoche?

ERNESTO.—¿Después del teatro?

JULIÁN.—Naturalmente.

ERNESTO.—Pues nos reunimos en el café varios intelectuales...

JULIÁN (*con admiración fingida*)—¡Ah! tú también...

ERNESTO.—¡Qué cosas me dices!

JULIÁN.—¿Yo? ¡Nada! Continúa.

ERNESTO.—Núñez, Pérez, Talavera, José Cienfuegos... cuatro ó cinco más. Se habló de muchas cosas interesantes, y un poco de tí...

JULIÁN (*sarcástico*)—¿También de mí? ¿Qué se dijo?

ERNESTO.—Se reconoció tú talento, ¡oh, eso sí!...

JULIÁN.—¡Ah! ¿Conque se reconoció mi... Sigue.

ERNESTO.—Solamente, algunos lamentaron que á tu edad, no hubieras hecho nada todavía.

JULIÁN.—¿Nada, eh?

ERNESTO.—Nada serio, por lo menos. Se convino en que carecías de *esprit de suite*, de perseverancia....

JULIÁN.—¡Entiendo, entiendo!

ERNESTO.—Y como probablemente ya no has de reaccionar, á tus años...

JULIÁN.—¿Soy un fracasado, verdad? ¡Un fracasado! ¡Yo! (*levantándose de un salto corre á la biblioteca y saca febrilmente libros con los que hace un montón sobre el escritorio*). Mira... éste... y éste otro,... y éste más... No te muevas... Desde allí. No te acerques... y éste... y éste.. y todos éstos ¿ves? ¿los ves? ¡Todos son míos! ¡Todos los pensé, los llevé largos días en el cerebro, ¡los escribí!... todos son mis hi-

jos, más que mis hijos, ¡mi pensamiento viviente!

ERNESTO.—¿Estás loco?

JULIÁN.—¿Loco? ¡ja, ja! Nunca he estado más cuerdo. Te digo que todas estas obras, aunque lleven otro nombre, las he hecho ó las he rehecho yo, y más, muchas más... ¡Son hijas adulterinas de mi talento y la reputación de algunos imbéciles, incapaces de bastarla! ¡Libros, y discursos, y memorias, y artículos de resonancia, de éxito seguro para otros! ¡Nunca para mí! ¿Ves, los ves?

ERNESTO.—(*queriendo acercarse*)—Déjame ver.. mirar...

JULIÁN. No. Apártate. Sería una indiscreción, una falta á la palabra empeñada. Sólo estando loco podría cometerla. Esto es una especie de secreto de confesión (*volviendo á poner los volúmenes en su sitio*). ¡No temáis, parásitos de mi cerebro! ¡No os quitaré la vida que me habéis arrebatado á cambio de un mendrugo! ¡No la necesito! ¡Tengo otra más grande! (*volviéndose*). ¡Sí, tengo otra más grande, Ernesto! ¡Tengo un drama!...

ERNESTO.—A propósito de dramas... Cienfuegos dijo anoche que estabas leyendo el suyo...

JULIÁN.—(*irónico*)—¿Leyendo? (*conteniéndose*). Sí; ya lo he leído...

ERNESTO.—¿Y, qué tal?

JULIÁN.—Ahora me parece bueno.

ERNESTO.—¿Por qué dices «ahora»?

JULIÁN.—Porque cuando empecé á... leerlo, no me lo parecía tanto... Oye, díme; apuesto á que Cienfuegos fué quien me declaró falto de perseverancia?

ERNESTO.—¡Oh! ¿cómo supones?

JULIÁN.—¡Es una liendre esa!... ¡En fin! Poco me importa, y no por eso he de dejar.... ¡Bah! Pero ¿sabes lo que observo? (*burlón*) Qué no te interesan mis asuntos. Te digo

que tengo un drama y ¡saco! te pones á hablar de otra cosa...

ERNESTO.—Disculpa, Julián; no he querido...

JULIÁN.—Generalmente no te pido tu atención, sino tu presencia, para hablar. Pero hoy es diferente. Tienes que prestarme un servicio, un gran servicio... No te alteres. Aunque es algo de importancia, tu santo egoísmo no tendrá nada que sufrir. ¡Al contrario! Se trata de un paseo en que podrás darte mucho pisto: como plenipotenciario de un autor ante las empresas teatrales...

ERNESTO.—¿Para ofrecer tu drama?

JULIÁN.—Si adivinas lo que llevo en esta canasta te doy un racimo. ¡Acertaste, querido!

ERNESTO.—(*mohino*)—¡Habla en serio!

JULIÁN.—Sí, disculpa. Tú, que tienes tantas relaciones en los teatros, ahórrame los besamanos y las antesalas, haz que lo lean, y pronto ¡tengo prisa! quiero salir de esta obscuridad, probarles, á ésos, que mienten á sabiendas, por envidia y maldad, cuando me llaman fracasado!... Que lo lean... que lo lea uno solo: ¡eso basta! Lo aceptarán, lo aceptarán corriendo... Pero que lo lean, que se dejen hipnotizar, es lo único que pido... ¡Y el público después! ¡Aquí lo tienes (*le da un manuscrito con cubierta obscura*).

ERNESTO.—¿Cómo se titula?

JULIÁN.—Ahí lo tienes: «Anónimo». ¡Oh! Es un drama extraño, un jirón de vida, la disección de un espíritu y una inteligencia, asfixiados, asesinados por las circunstancias y el ambiente, víctimas del *fatum* sordo y ciego.

ERNESTO.—¿El *fatum*?

JULIÁN—El destino, la suerte, la adversidad. La malevolencia dirá, cuando se represente, que he llorado sobre mí mismo, que he hecho una autobiografía lacrimosa

y exagerada.. No pusilámine ¡muy al contrario! pude poner mi corazón y mi cerebro sobre la mesa de trabajo y hacerles la mas terrible y trágica vivisección. ¡Pero, no he querido! tomé otros casos—¡abundan en esta obscuridad!—y los señalaré en cuanto se me acuse, para no dejar ni ese flanco á la crítica... ¡Oh, pese á la crítica, á la maldad, á la envidia pérfida, el público será mío desde la primera noche, y después de ver estos negros episodios de la vida real, se irá á sus casas temblando de haber delinquido contra los espíritus superiores!...

ERNESTO.—¡Qué talento tienes!

JULIÁN.—(*como despertando*)—¡No digas tonterías! Tú no eres quién para juzgarme. Te lo cuento porque el drama rebosa de mí, no para pedir tu opinión... Y se lo contaría á las paredes...

ERNESTO.—¡Julián! Me tienes muy en poco...

JULIÁN.—También tú... ¿por qué no me dejas soñar, sin despertarme?... En el sobresalto te tiro con lo primero que encuentro... Pero eres buen muchacho y no te enfadas, ¿eh?... Cuídame el manuscrito porque es el único. ¡Ni tiempo para copiarlo tengo! Bien... ¿Lo recomendarás, lo harás leer, conseguirás que se ponga inmediatamente?... ¡Si vieras cuánta prisa, cuánta esperanza tengo!...

ERNESTO.—Haré todo lo posible.

JUIÁN.—Y lograrás que se represente ¡vaya si lograrás!... ¡Y entonces!... En la hora del triunfo, Ernesto, en la hora del triunfo todos serán triunfos! Después del teatro, el libro, el periódico, la fama, la victoria definitiva!...

ERNESTO.—Sí. Estás llamado á...

JULIÁN.—¡Calla! ¡Tú no sabes... no puedes saber!... ¡Fracasado!... ¡Cada mes traerá consigo un éxito que será un escalón! ¡Y si llego á caer, será con ruido, con grande-

za, y mis propios escombros no servirán de pedestal á nadie, sino á mi memoria!

ERNESTO. (*hojeando el manuscrito*) ¿Tu héroe se suicida en el tercer acto?...

JULIÁN—Ese final encierra un símbolo: quitándose la vida puede darla á su obra anónima é ignorada, merced á ciertas circunstancias especiales. Entonces no vacila, y como un padre heróico se mata para que sus hijos vivan, inmortales!

ERNESTO.—(*levantándose*)—El público no gusta de estos desenlaces.

JULIAN—(*despreciativo*)—Entonces haré que Numa se case con Pompilio... Ve, vé sin cuidado. Ese es un ejemplo moralizador: me basta saberlo eficaz para unos pocos, que luego serán legión. ¿Cuándo piensas presentarlo? ¿Ahora?

ERNESTO.—Esta misma tarde. Tengo que ir antes á casa.

JULIÁN.—Cuando pases de vuelta, entra un momento—vives á dos pasos:—quizá tenga algo mas que encargarte.

ERNESTO.—(*acercándose á la ventana*)—Allí está Cienfuegos, tomando el aire en su balcón.

JULIÁN.—Grítale al pasar que venga á recoger su manuscrito.

ERNESTO.—Sí. Pero no vendrá en seguida, porque no está en traje de calle.

JULIÁN.—¡Bah! ¡En estos barrios!...

ERNESTO.—Es tan presumído... Hasta dentro de un rato.

JULIÁN.—Hasta luego. No dejes de venir.

ERNESTO.—No. (*Vase y vuelve*).

JULIÁN.—¿Se te olvida algo?

ERNESTO.—No. Es que.. Necesitaba... Díme ¿te queda algún dinero?

JULIÁN. (*sonriendo*)—¡Hombre, no! Y, á propósito: trata de que me adelanten algo sobre el drama.

ERNESTO.—¿Cuánto?

JULIÁN.—Lo más que se pueda. Espero fondos, pero bueno es un pan con un pedazo, y tengo compromisos urgentes...

ERNESTO.—Lo haré... Pero entretanto... Ni para el tranvía, Julián... ¿No te queda nada?... Dame entonces algunas novelas francesas que no te sirvan.

JULIÁN—(*riendo*)—¿Para bebértelas?... Bueno; cuando vuelvas te tendré un lote.

ERNESTO.—¡Gracias, querido! (*Vase*).

ESCENA IV

JULIAN luego INES

JULIÁN.—(*Se acerca al escritorio, tarareando á boca cerrada el coro de la Marsellesa. Arregla algunos papeles, se sienta y comienza á escribir con entusiasmo*).

INÉS (*entrando*)—Me pareció oirte cantar.

JULIÁN.—Sí... cantaba...

INÉS.—¿Por qué esa alegría?

JULIÁN.—Cosas... cosas... Proyectos que se formalizan... Sueños que se encarnan (*sin dejar de escribir*).

INÉS.—¿Se fué... tu amigo?

JULIÁN.—Sí.

INÉS.—Estaba un poco...

JULIÁN.—No he notado.

INÉS.—Tú nunca notas nada. Los humos de anoche, probablemente.

JULIÁN.—No insistas.

INÉS (*después de una vacilación*) — ¿Deseas algo?

JULIÁN.—No.

INÉS.—¿Qué almorzarás?

JULIÁN.—Lo que hagas.

INÉS.—Preferirías...

JULIÁN.—Cualquier cosa...

INÉS.—¿Te incomodo?

JULIÁN.—No, querida: me interrumpes.

INÉS (*resentida*)—¡Ah! (*busca que hacer*).

ESCENA V

Dichos—AMALIA

AMALIA—Aquí estoy yo, de rondón, como Pedro por su casa.

INÉS.—Muy bien venida.

JULIÁN (*sin levantarse*)—¡Oh, mi vieja amiga! Y no lo digo porque sea usted vieja, sino porque lo es nuestra amistad.

AMALIA.—No nos forjemos ilusiones, Julián. Vd. mismo tiene canas, ¡y lo he llevado en brazos!

JULIÁN (*escribiendo*)—En los primeros años las pequeñas diferencias de edad parecen enormes; pero el tiempo se encarga de ir ajustándolas á su debida proporción.

AMALIA.—¡Adulador! ¿Y usted, hija, cómo ha pasado estas semanas últimas?

INÉS. — Perfectamente. Ya sabe usted que tengo una salud de hierro. En cambio Julián...

AMALIA.—¿Ha estado enfermo?

INÉS.—No. Trabaja demasiado, como siempre, y ya usted ve, ¿quién resiste? Hoy, por ejemplo, está en pie desde las dos.

AMALIA.—¡Jesús! (*alto á Julian*). Pero cuídese, Julián.

JULIÁN (*íd*).—¡Oh, sí señora. Me cuido! Y, á propósito, voy á terminar una cosilla y soy con Vd.

AMALIA (*á Inés*)—¿Día y noche así?

INÉS,—Día y noche. Para él no hay domingos, ni días de fiesta... El año corre igual, con una abrumadora monotonía en el esfuerzo... Pero quítese usted el sombrero, estará mejor. Porque supongo que almorzará con nosotros.

AMALIA.—Si no incomodo...

INÉS.—¿Qué dice usted? ¡Julián tiene tanto gusto, y por consiguiente yo!...

AMALIA.—Eso es pura galantería.

INÉS.—Julián dice que basta su presencia para evocar, para resucitar materialmente los años luminosos de su niñez, para volverlo niño de nuevo; por eso, mientras la ve, rebosa de júbilo y canta y juega; por eso, cuando V. se marcha—¡y conste que me estoy muriendo de celos!—se queda con los ojos tristes y turbios. La última vez—y otras muchas veces, antes—repetía melancólicamente: «¡Oh, recuerdos y encantos y alegrías de los pasados días!»

AMALIA (*alzando la voz*)—«¡Oh gratos sueños de color de rosa!»

INÉS (*con cierta amargura, mas alto*)—¡Oh dorada ilusión de alas abiertas!...

JULIÁN (*oye esto último y se levanta entonando:*) ¡Que á la vida despiertas en nuestra breve primavera hermosa! ¡Y que luego sigue alentándonos, fortaleciéndonos, regocijándonos, mi excelente amiga!... Ahora que he terminado, déjeme usted que le repita una y otra vez: «¡Buenos días! ¡Muy buenos días! ¡dulce hada evocadora de mi infancia que oculta bajo el cabello blanco la juventud inmortal de su corazón! Buenos días, muy buenos días ¡y bendita la hora en que su sonrisa ilumina estas paredes! ¡Aprende, Inés! ¡Así sonreían las hechiceras avasalladoras de hombres!

INÉS.—¿No le dije á usted que debo estar celosa?

AMALIA.—¿Y no ve usted que si yo no quisiera á Julián como una abuela algo chocha, no podría perdonarle semejante burla?...—Seriamente, hijos míos: yo también gozo al lado de ustedes y me enternece tanto cariño. No me siento tan sola en el mundo, cuando me asilo en este hogar, y también recuerdo... recuerdo (*conmovida á pesar suyo*).

JULIÁN.—«Amor che á null'amato»...

AMALIA (*volviendo á sonreir*)—Pero lo que no puedo tolerar es que me ofresca usted como ejemplo á esta encantadora criatura... ¿Que sonría, le pide usted? Si está siempre sonriendo. ¿Y no ve que cuando lo hace irradia algo de dulce y santo, indefinible y arrobador como la música?

INÉS (*riendo*)—¡Oh, señora!

JULIÁN.—¡Qué bien sabían ustedes manejar el discreteo y la galantería! Nosotros, los modernos, somos tan toscos y huraños...

AMALIA—Los maridos... Los maridos en mi tiempo eran también así. Debe ser una enfermedad común al estado. Una consecuencia de la ceguera.

JULIÁN.—Los maridos ¡cuidado! son daltónicos, no ciegos. Ven unas cosas, y otras no, según el color...

AMALIA.—Entiendo. Pero suelen no ver tampoco en otro sentido.

JULIÁN.—¿En cuál? (*Julian, entretanto hace una pila de volúmenes á la rústica, que deja sobre el escritorio para Ernesto*).

AMALIA.—En el de la perfección.

JULIÁN.—¿Cómo así?

AMALIA.—El marido de una mujer perfecta será el último que la considere tal.

JULIÁN.—¿Por qué?

AMALIA.—Porque «no hay grande hombre para su ayuda de cámara», se ha dicho...

JULIÁN.—¿De modo que... marido... ayuda de cámara... todo es lo mismo?

AMALIA.—Guardando las debidas proporciones... Vd., por ejemplo, está lejos de saber que tiene una mujercita incomparable...

INÉS.—¡Oh! ¡Dejemos los ejemplos, por favor!

JULIÁN.—¿Y quien dice que esté lejos? veamos.

AMALIA.—Lo de la sonrisa. Si Inés fuera vengativa y coqueta, hallaría centenares de personas que, como yo, le dirían que sonríe como un angel, y que prefieren su sonrisa á mi mueca... Si quiere usted verlo con sus propios ojos...

JULIÁN.—No, muchas gracias. Le creo á usted sin necesidad de pruebas al canto... Y sé también lo que vale este pedazo de mi alma. (*ad libitum*).

INÉS.—Deja... no seas fastidioso... Llaman á la puerta.

JULIÁN.—¿Quién puede ser? ¡Ah! Pase usted.

ESCENA VI

Dichos y LEVY

Levy entra compungido, encorvado, lloroso, mirándolo todo con avidez y disimulo.

JULIAN.—Hola, ilustre hombre de letras. ¿Qué lo trae á usted por acá, tan temprano?

LEVY.—Venía por... pero...

JULIÁN.—Hable, hable usted. La señora es de mi absoluta confianza, y no tengo nada que ocultarle...

LEVY.—¡Ah!... siendo así... (*mira á Inés*).

JULIÁN—Y la más joven es mi esposa, para quien tampoco tengo secretos... Si no se trata, pues, señor Levy, de algún misterio suyo...

LEVY.—No... no... ¡Líbreme el cielo!... Yo soy un pobre viejo, enfermo y en la miseria... Si no fuera así...

ULIÁN·—Vamos, desembuche ¿que le pasa á usted?

LEVY.—¿No recuerda, don Julián, qué fecha es pasado mañana?

JULIÁN.—Hombre, ¡no! Pero, siéntese usted. Tengo muy mala memoria para las fechas y los números: hasta suelo olvidar el de mi casa. ¡También, para las cifras que debería recordar!... Ya me las recuerdan otros, y se me alcanza que si me honra usted con su visita, será porque pasado mañana...

LEVY.—Vence el documento, sí, don Julián; y si no estuviera tan viejo, y tan enfermo,

y tan solo... En fin, si usted no pudiera ponerse al corriente, me perjudicaría, oh, sí, mucho. Porque yo soy un pobre...

JULIÁN.—¡Y yo un rico, Levy! ¡Un poderoso de la tierra, Levy!... Sólo que mi capital está aquí dentro (*la cabeza*).

LEVY (*alarmado*)—¡Ahí, únicamente! Porque estoy tan pobre, tan enfermo...

JULIÁN.—¿Ahí únicamente? ¡Y le parece poco! ¡Ah! si yo tuviera su habilidad, su llanto continuo, Levy, lo haría fructificar levantando montañas de oro!... ¿Quiere ser mi empresario Levy?

LEVY (*sobresaltado y como pronto á soltar el llanto*)—Su empresario de usted, yo, un infeliz, un po...

INÉS (*interrumpiéndolo*)—¡No lo aflijas, Julián!

JULIÁN.—Vaya. Esté usted tranquilo, Levy. Será usted íntegramente pagado en su día y hora. Mire usted, aquí tengo la nota del vencimiento, con la cantidad, la fecha y demás. Porque también nosotros pagamos nuestras deudas... y perdonamos á nuestros deudores. Vamos más allá que el Padrenuestro, que usted no debe conocer...

LEVY.—Si, sí. Yo soy cristiano... De modo que...

JULIÁN.—De modo que pasado mañana recibirá usted los doscientos pesos...

LEVY (*irguiéndose*)—¡Como doscientos!

JULIÁN.—Déjeme usted concluir: los doscientos pesos que me prestó, más los cien pesos de ¿intereses les llama usted, verdad?

LEVY.—Yo soy un po...

JULIÁN.—Sí; ya sabemos.

LEVY.—¡La vida es tan cara!

JULIÁN.—También lo sabemos. Vaya: márchese usted en paz, faceta de aquel Shylock en que el gran Guillermo fundió toda esta estirpe inmortal.

LEVY.—No entiendo.

JULIÁN.—No hace falta.

LEVY.—Pero...

JULIÁN.—Será usted pagado hasta el último céntimo, Harpagón mío!

INÉS.—Julián (*sin saber si reirse ó enfadarse*).

LEVY (*yéndose*)—Estoy tan... (*reverencias*) tan viejo... (*reverencias*) tan enfermo (*última reverencia*). Tan pobre... (*Vase*).

ESCENA VII

JULIAN, INES, AMALIA

INÉS.—No sé qué me da oirte decir esas cosas, Julián. ¿Por qué te gozas en hacerlo sufrir?

AMALIA.—La verdad que sus años le hacen acreedor á ciertas consideraciones. Un anciano ..

JULIÁN.—Ese no es un anciano, como no es un pobre ni un enfermo. Es, puramente un usurero, y esa casta de pájaros no merece el interés de nadie, sino el desprecio...

INÉS.—¿Te eriges ahora en juez? Te prefiero cuando dices que comprenderlo todo es perdonarlo todo, aunque tampoco esté conforme con esto, en absoluto.

JULIÁN.—Es verdad. ¡Pero resulta tan difícil poner estrictamente de acuerdo la acción con la doctrinal Hay siempre entre nosotros, pese á nosotros, un instinto perverso que de repente sale á la superficie, imponiéndose incontrastablemente, aunque sea un momento.

AMALIA.—Por eso dirá el proverbio que una cosa es predicar y otra dar trigo.

JULIÁN —Por eso. Aunque lleguemos á tener una filosofía seráfica, aunque seamos fundamentalmente buenos, somos malos á ratos. . sobre todo cuando somos desgraciados.

AMALIA.—De manera que es usted desgraciado, porque ha sido malo...

INÉS.—(*sonriendo*)—¡Qué ingratitud y qué inconsecuencia, Julián! ¡Creía no merecer eso de ti!

JULIÁN.—No he tenido intención de decir semejante cosa, Inés, como no tuve la de ofender al usurero, señora. Tiene la corteza bastante dura para resistir tales bromas y otras peores, y además, sabe vengarse.

INÉS.—¿Vengarse?

JULIÁN.—Cobrando sin piedad. Bebe, en simulacro, la sangre del cliente, y en un hombre se venga de todos, porque todos lo desprecian y no todos se le ponen á tiro. (*Cambiando de tono*). En fin... ¿has hecho, Inés, el resumen de las cuentas pendientes?

INÉS.—Sí; ahí lo tienes sobre el escritorio.

JULIÁN.—Veamos, veamos.

Inés y Amalia conversan. Julián toma un papel del escritorio y hace rápidamente una suma.

JULIÁN.—Seiscientos veinticinco. ¿Esto es todo?

INÉS.—¿Te parece poco?

JULIAN.—No, creía...

INÉS.—Es que ya sabes...

JULIAN.—¿Qué en casa no hay? ¡Harto lo sé! Pero no te atribules; aquí está la varita de virtud (*por las cuartillas que tiene sobre el escritorio*). Estos papelitos nos darán todo lo necesario... y más.

INÉS.—Ha parado un coche...

JULIÁN.—Precisamente... Ahí viene el mágico prodigioso. Sí; él es. Necesito estar solo...

INÉS.—¿Vamos, señora?

AMALIA.—Vamos. Hasta luego, Julián.

Vánse Inés y Amalia á las habitaciones interiores. Julián sale á recibir á Bermúdez. y la escena queda un momento sola.

ESCENA VIII

Entra BERMUDEZ y tras él JULIAN

BERMÚDEZ.—De modo que cumplió usted su promesa!

JULIAN.—Como siempre.

BERMÚDEZ.—No sólo debo agradecerle el tra bajo sinó también la puntualidad. Y le agradezco de veras una y otra cosa.

JULIAN.—No hay por qué. Desde el punto en que me comprometo á realizar una tarea, mi deber es cumplir, como lo es de los demás.

BERMÚDEZ.—¿Servicio por servicio, verdad?

JULIAN.—Precisamente. Aquí tiene usted el trabajito.

BERMÚDEZ.—Veamos, veamos (*se sienta y recorre las cuartillas lentamente*). Muy bien... Magnifico... Muy bien.

JULIAN.—Observe usted que hay cierta novedad en las ideas...

BERMÚDEZ.—Profundidad también.

JULIAN.—Y que la forma es bastante clara.

BERMÚDEZ.—Clarísima y muy elegante. Ya sabía yo que usted desarrollaría mi plan con verdadero brillo.

JULIAN.—¿Su plan?

BERMÚDEZ.—Sí, la pauta... la norma de conducta, en fin, la corriente de... como usted quiera.

JULIAN.—¿Le parece á usted que estoy acertado cuando digo: «El divorcio no puede considerarse desde el punto de vista particular sino social, porque la pareja humana es un eslabón integrante é inseparable de la humanidad?»

BERMÚDEZ.—Es mi modo de pensar exactamente expuesto.

JULIAN.—El final no es malo...

BERMÚDEZ (*después de buscarlo*).—Producirá gran efecto... Ese llamado á la conciencia, sublime! Y esta exclamación: «¡Para juz-

gar, para sentenciar es necesario saber! ¡Y aquí tratamos, en una cuestión de vida ó muerte, de juzgar, de sentenciar á tientas, en un pleito que ignoramos, y que puede traer consigo la disolución de la sociedad! ¡Cuidado! No sacrifiquemos á la problemática felicidad de dos seres, quizá ilusos, quizá equivocados, la dicha y la estabilidad de todo un pueblo!» ¡Admirable! esto lo aprenderé palabra por palabra. ¡Es de un efecto seguro y eficacísimo!

JULIAN.—Me alegro de que le agrade tanto...

BERMÚDEZ.—Sabré corresponder, Julián, á estos esfuerzos. Sé que, sin usted, sería una de tantas medianias como pululan en la política del país; sé que como el grajo de la fábula me adorno, en apariencia, con plumas que no son mías. Pero la intención es buena. Su pensamiento es, á mi juicio, grande y noble, pero usted no puede todavía sembrarlo en tierra adecuada. Yo puedo hacerlo, en cambio, y lo hago, no sin cierta vanagloria, es verdad, pero también con el sano deseo de que esa semilla no siga permaneciendo inútil y estéril.

JULIAN.—Sin embargo, podría usted lanzarme á mí.

BERMÚDEZ.—Llegará el momento.

JULIAN.—¿Quiere decir que no ha llegado todavía?

BERMÚDEZ.—Desgraciadamente, no.

JULIAN.—Usted, sin embargo, ocupa tal posición...

BERMÚDEZ.—Pero la veo amenazada de todos lados, instable, transitoria quizá, mientras un acto trascendental no me imponga y me haga indiscutible. No me forjo ilusiones y por eso ando con piés de plomo. No he surgido aun de entre los políticos pesados que cuando caen una vez es para no levantarse ya, pero que si logran evitar la caída, llegan á la altura y allí quedan, inconmovibles. ¡Ya ve usted cuánta razón

me asiste para rehuir todo nuevo peso! ¡Ya tiene usted explicado por qué no me apresuro á llenar sus deseos, antes de tener, como se dice, la sartén por el mango! Usted estudia y piensa; yo actúo. Usted no sabe que pedido denegado es, para el mismo que lo niega, una invitación, una incitación á la hostilidad.

JULIÁN.—¡Qué teoría, ó qué sofisma tan curioso!

BERMÚDEZ.—No es sofisma, Julián. Suponga que, haciendo lo que más deseo, me presentara á un ministro pidiendo un destino para usted,—el que usted merece, que no es ni puede ser poca cosa. Suponga lo más probable: que me lo negara. Yo insistiría; él también, con tanta mayor razón cuanto que no soy todavía ni un apoyo fuerte ni un opositor peligroso, y hay cien pretendientes en mucho mejores condiciones que yo. ¿Qué ocurriría entonces? Que, al retirarme, el ministro se quedaría diciéndose: «Ese es ya mi enemigo» ¡Y como el que pega primero pega dos veces, el ministro rompería las hostilidades, me perseguiría, yo quedaría sin ese amigo, y usted tan sin el empleo como antes!... ¿Comprende usted por qué no quiero precipitarme?

JULIÁN.—Puede que tenga usted razón... Pero bien podría ensayar, tantear el terreno, y si lo encuentra propicio...

BERMÚDEZ.—Eso haré... Pero necesito tiempo... No es posible jugar el todo por el todo, poner el capital sobre una mala carta.

JULIÁN (*que va poniéndo nervioso*).—A mí sí que me parece haberlo puesto sobre una pésima.

BERMÚDEZ.—¿Qué quiere usted decir?

JULIÁN.—¡Nada!... (*acalorado*) ¿Le parece posible esperar, esperar siempre, durante veinte años, dar la sangre, la vida, hasta la última partícula de fósforo que queda en el cerebro, verse envejecer, sentirse enfermo,

gastado, vacilante y buscar en vano, el síntoma de una mudanza, de una mejora, sin vislumbrar ni el alboreo del triunfo? ¡Le parece posible vivir para los otros, verles brillar con la propia luz, y no morirse de rabia y de envidia! ¡De envidia de los que son menos, de los que siempre serán menos, de los parásitos de su espíritu! ¿Le parece posible?

BERMÚDEZ.—Amigo mío, usted se exalta contra lo que es razón, contra lo que es experiencia.

JULIÁN.—¡Me exalto contra la iniquidad!

BERMÚDEZ.—Yo le juro que me animan los mejores sentimientos, que le admiro á usted por lo mucho que vale, que le respeto por su nobleza, y que nada hará disminuir mi gratitud.

JULIÁN.—¡Palabras, palabras, palabras!

BERMÚDEZ.—A la prueba me remito. Es usted demasiado vehemente, pero comprendo las causas y las encuentro poderosas... Estamos en una época harto difícil. Recuerde usted lo que ha de sentir todos los días: que el dinero es hoy la palanca formidable, casi la única enérgica. Ahora bien, yo no soy rico. Si lo fuera, usted sería ya uno de los guías de este pueblo. Si llego á la riqueza ó al poder, usted lo será, para bien mío y de todos. ¿Está usted conforme? ¡Vamos! ¡un poco de calma!

JULIÁN.—Sí (*irónico*). Estoy tranquilo.

BERMÚDEZ.—Entonces... (*levantándose*).

JULIÁN.—¡Entonces, búsqueme usted empleo! ¡Me lo debe usted!... ¡Quiero salir de esta horrenda, de esta maldita, de esta repugnante miseria!

BERMÚDEZ.—Se lo debo... Y pagaré...

JULIÁN.—¿Cuándo?

BERMÚDEZ.—Ya lo he dicho: en cuanto me sea posible.

JULIÁN.—Nunca, pues...,

BERMÚDEZ.—Es usted un niño y duda del único de quien no debiera dudar... A propósito: le traigo una pequeña cantidad... No es mucho; siempre quedaré siendo su deudor moral y materialmente. ¡Hombre! debo haberla olvidado sobre el escritorio... era una letra... Sí, no la traigo conmigo. ¡Qué cabeza!... Pero se la enviaré en seguida.

JULIAN (*sarcástico*)—Como usted guste.

BERMUDEZ.—Vaya: hasta pronto. Deme usted la mano... Confíe... O dude, no importa... ¡A fe de hombre honrado, cuando me necesite me hallará junto á usted.—Adiós. (*Vase*).

JULIAN (*solo*)—¡Farsante!

(Medita un momento, muy agitado),

ESCENA IX

JULIAN—INES

INÉS.—¿Era él, verdad?

JULIAN.—Sí.

INÉS.—¿Por qué te has puesto tan nervioso? ¿Alguna contrariedad?

JULIAN.—No, no. Un poco de dolor de cabeza.

INÉS.—¡Te has incomodado con él!

JULIAN.—No, te aseguro. He hablado, nada más.

INÉS.—¿El empleo?

JULIAN.—Hay que esperar... todavía... No es momento oportuno. Tiene que afianzarse un poco más antes de pedir... (*cambiando de tono*) ¡Ah, la expectativa, la expectativa! ¡Veinte interminables años de expectativa!...

INÉS.—No seas extremoso: ¡caes de la alegría en la desesperación! No te alteres así. Hablemos de otra cosa. ¿Te trajo dinero?

JULIÁN.—No. Traía una letra, pero la dejó olvidada en casa.

INÉS.—¿Olvidada?

JULIÁN.—Sí. Ahora me la enviará.

INÉS.—¡Ah!

JULIÁN.—¿Qué? ¿Dudas?... Pues yo... también sospecho que se habrá avergonzado del monto y evita pagarme personalmente... quinientos ó seiscientos pesos. El comprende la situación y... Pero dices bien: no hay que afligirse. ¡Abramos los pulmones al buen viento, refresquemos el corazón, alegrémonos, confiemos!. . El pesimismo es una mala droga!... ¿Y mi viejecita?

INÉS.—Se le ha ocurrido ayudarme á cocinar. Está preparando un plato que, según dice, era tu delicia cuando niño.

JULIÁN.—¡Qué señora!

INÉS.—Yo, entretanto, voy á poner la mesa. (*Lo hace*).

JULIÁN.—Te ayudaré. (*Lo hace*).

INÉS.—Tira del mantel.

JULIÁN.—Ya está.

INÉS.—El vino.

JULIÁN.—El pan... Tomaré un trago.

INÉS.—Te hace tanto daño... Hoy estás tan bien...

JULIÁN.—Es el mejor tónico: estoy cansado de arsénico, y estrignina y fósforo y de los cien venenos que preconizan los médicos.

INÉS.—Es que abusas hasta de eso.

JULIÁN.—¡Vamos, vamos, mujer!

INÉS.—Debías consultar... Pedir un método.

JULIÁN.—¡Tontería! Ahí (*por la biblioteca*) están mis facultativos. Sé perfectamente lo que tengo, que puede llamarse neurastenia, anemia cerebral, cualquier cosa; pero que, en definitiva, no es sino exceso crónico de trabajo.

INÉS.—Y de otras cosas, Julián. Eres excesivo en todo. Yo también he leído, y sé que con método...

JULIÁN. – Acabarás por recetarme como el médico aquel vecino nuestro que me vió últimamente: Campo, ejercicio al aire libre, completo reposo mental durante seis ú ocho meses. Recetas que deberían escribirse en billetes de banco, para ser aplicables á gente como nosotros (*risueño*).

ESCENA X

Dichos—AMALIA

AMALIA—Aquello marcha á pedir de boca.
INÉS.—Y la mesa está puesta.
JULIÁN.—De modo que antes de media hora podremos sentarnos á almorzar... Porque si el que usted prepara es aquel platito de mis amores, exige unos cuarenta ó cuarenta y cinco minutos ¿acerté?
AMALIA —Pues ése es, sí señor.
INÉS.—¿Llaman?
AMALIA.—Creo que sí.
INÉS.—A ver (*asomándose*). Otro amigote.
JULIÁN (*asomándose también*)— José Cienfuegos. Yo le mandé llamar (*A la puerta*). Entra, entra, hombre. ¿A qué vienen esos cumplidos?

ESCENA XI

Dichos — JOSE

JOSÉ.—Señoras: Al pasar me avisó Ernesto que me aguardabas. Y he venido á invitarte para que almorcemos juntos los tres.
JULIÁN. — Imposible. Ya ves (*señalando á Amalia*).
AMALIA.—Por mí no se prive, Julián.
INÉS.—Julián... por favor... semejante desaire á la señora...

JULIÁN.—Si no pienso, hija, si no pienso. Tú me disculparás José, y otro día...

JOSÉ.—Sí, sí. Perfectamente. Sólo que, como Ernesto vendrá á buscarme...

JULIÁN.—Aguárdale, hombre, siéntate.

INÉS (*por cumplido*)—Si desean ustedes almorzar con nosotros...

JOSÉ.—Mil gracias, señora. Se trata de toda una exploración... una fonda nueva que hemos descubierto á poca distancia de aquí, en la calle Ombúes...

JULIÁN.—¡Ah, sí! La fonda de la Buena Sopa!

JOSÉ.—Eso es. Y vamos á poner la sopa á prueba.

INÉS (*á Amalia*)—Si supiera usted cuanto me alegro de que no vaya con ellos!... Porque siempre...

AMALIA.—¿Siempre?

INÉS (*reprimiéndose*)—Le sucede algo desagradable.

JULIÁN.—¿No te llevarás ahora eso?

JOSÉ.—¿Qué?

JULIÁN.—¿No te dijo Ernesto?

JOSÉ.—Ah, sí, el...

INÉS.—Vamos señora. Ellos tienen que hablar, y nosotras que atender á nuestras cosas.

AMALIA (*riendo, á Inés*)—Este Julián es el hombre de los misterios.

INÉS.—De los misterios ajenos.

ESCENA XII

JULIAN—JOSE

JOSÉ.—Preguntabas si me llevaría ahora el manuscrito.

JULIÁN.—Sí.

JOSÉ.—Dámelo. Debo entregarlo hoy mismo pues la empresa piensa ponerlo en escena inmediatamente, ensayando día y noche.

JULIÁN.—Te felicito. Aquí lo tienes.

JOSÉ.—Gracias... Veamos... (*Examina rápidamente la obra*).
¡Pero esto está completamente rehecho!

JULIÁN.—Disculpa... Como me autorizaste...

JOSÉ.—Lo has escrito todo sobre mis mismos renglones!

JULIÁN.—¡Verás que no es malo!

JOSÉ.—¡Qué ha de ser hombre! ¡Será soberbio!

JULIÁN.—Creí que te enfadabas... que me acusabas de haberme extralimitado.

JOSÉ.—¡Muy por el contrario, Julián, mi querido Julián! ¡Cuánto te agradezco! ¡Eres un grande hombre! ¡Tienes un inmenso talento y un corazón de oro! Anoche mismo lo decía.

JULIÁN (*ligero sarcasmo*)—¿Anoche, eh?

JOSÉ.—¡Sí! En una rueda de amigos intelectuales. ¿No te lo ha contado Ernesto?

JULIÁN (*seriamente*)—Sí. Y yo también te lo agradezco, José.

JOSÉ.—A propósito. Supongo que... (*señal de silencio*).

JULIÁN.—¡Absoluto! No me convendría decirlo. Me lloverían los originales.

JOSÉ.—Y yo no te lo perdonaría jamás!

JULIÁN.—¡Ah, já, já!

JOSÉ.—Es lógico, porque so capa de amistad, cometerías conmigo la más negra de las perfidias.

JULIÁN.—¡No te adelantes á los sucesos, hombre! (*riendo*) Nunca se me ocurrirá semejante cosa, una traición tan abominable, según dices. Lejos de eso, gozaré con tu triunfo, porque desde ahora te vaticino un triunfo ruidoso, un éxito colosal, como suelen rezar los programas.

JOSÉ.—Sí; yo también creo... con tus indicaciones... con tus...

JULIÁN.—Ligeras modificaciones (*en serio*).

JOSÉ (*algo extrañado al principio, acepta sin embargo las palabras*).—Ligeras modificaciones, el drama se impondrá... Pero no

podré presentarlo hasta mañana... copiado de nuevo... Se verían las...

JULIÁN.—Indicaciones.

JOSÉ.—Eso es... Aquí viene Ernesto.

JULIÁN.—No. Es un mensajero. ¡El que esperaba! ¡Inés, Inés!

JOSÉ.—Si incomodo...

JULIÁN.—No, hombre. Aguarda á Ernesto. No tardará.

ESCENA XIII

Dichos—El Mensajero

MENSAJERO.—¿Don Julián Gómez?

JULIÁN.—Soy yo.

MENSAJERO.—Esta carta...

JULIAN.—Dámela (*va á abrirla*)

MENSAJERO.—¿Quiere usted firmarme el recibo?

JULIAN.—Sí. Trae.

MENSAJERO.—Tome usted.

JULIAN (*reparando en la gorra*)—Pero... dime ¿tú eres de este barrio?

MENSAJERO.—Sí, señor.

JULIAN.—¿Dónde está tu oficina?

MENSAJERO—A poca distancia de aquí; en la calle...

JULIAN.—Y esta carta ¿quién te la dió?

MENSAJERO.—Un caballero que venía en carruaje de esta dirección. Me dijo que aguardara un rato, antes de salir, y aguardé. Si he hecho mal...

JULIAN.—No. Toma el recibo...

MENSAJERO.—¿Para el mensajero, señor? (*Pidiendo la propina*).

JULIAN Ten (*Busca en el chaleco y no encuentra*).

JOSÉ.—Yo tengo suelto. Toma.

MENSAJERO.—Gracias. (*Vase*).

JULIAN.—(*Rompe el sobre, y cambiando de idea corre á detener al mensajero*).—Eh, chico, espera! ¡Se marchó! ¡Inés! ¡Inés!

ESCENA XVI

JULIAN—INES—AMALIA

AMALIA.—Yo corro á la cocina, á servir el almuerzo (*aparte á Inés*). Después busque usted el medio de que no salga.
INÉS.—Ya lo tengo.
AMALIA.—Voy, pues. (*Vase*).

ESCENA XVII

JULIAN—INES

INÉS.—Gracias, Julián. ¡Como te quiero! ¡Qué bueno eres!
JULIAN.—¡Y tu, qué caprichosilla!
INÉS.—¡Ibas á...
JULIÁN.—A desahogarme de este volcán que tengo en el pecho. A soñar en un mundo más justo, en una humanidad mejor, en el laurel, en el premio...
INÉS.—¿No te lo dan mis brazos?
JULIÁN.—Sí... (*con reticencia*) para el corazón...

(Julián en sus brazos: se ve que está profundamente conmovido).

TELÓN

ACTO SEGUNDO

La misma decoración

ESCENA I

INES, en seguida AMALIA

Inés arregla la habitación. Al cabo de un momento entra doña Amalia de la calle.

AMALIA.—¿Cómo sigue el enfermo?

INÉS.—Mejor, mucho mejor. Desde ayer está más tranquilo.

AMALIA.—¿Y la depresión nerviosa?

INÉS.—Está más animado también.

AMALIA.—Me alarmó mucho.

INÉS.—¡Oh! ¡y á mí! Nunca lo había visto tan mal.

AMALIA.—Las contrariedades lo desequilibran, lo matan...

INÉS.—Porque no puede contenerse; diríase que lo arrastra una fuerza ajena á él, á su voluntad.

AMALIA.—¿Qué hace ahora?

INÉS.—Hace un momento dormía (*se asoma, izquierda*). Sí, duerme.

AMALIA.—Eso le hará bien.

INÉS.—Cae en unos sopores de que nada lo arranca y que me asustan...

AMALIA.—El descanso es saludable. ¿Lo vió el médico?

INÉS.—No. Se pondría furioso si lo llamara. Se exaltaría más y hay que evitarlo...

AMALIA.—¿De modo que aquel día salió en cuanto me marché?

INÉS.—Si, fué á reunirse con sus amigos... Yo, en cierto modo tuve la culpa. ¡Por

más que lo estudio, nunca encuentro la manera de tratarlo! No tengo tacto...

AMALIA.—¿Qué no?...

INÉS.—Y él es tan susceptible, está tan irritable, tan versátil... Después de marcharse usted conversábamos cariñosamente, cuando se me ocurrió repetirle que debía romper con sus falsos amigos, como se lo he dicho tantas veces. Me contestó que su amistad no podía traerle malas consecuencias, que lo entretenía, que era un desahogo fatalmente necesario para él, en la asfixia que lo sofoca. Insistí y se irritó. Quise calmarlo, pero ya era tarde: tomó el sombrero, salió y...

AMALIA.—Dígamelo usted todo, hija mía: soy una madre para él.

INÉS.—Y no volvió hasta la mañana ¡en qué estado, Dios mío! Desencajado, trémulo, vacilante, con la vista extraviada, parecía loco ó á punto de enloquecer... Cayó en cama deshecho, como un harapo humano, para despertar después convulso, abatido, sin memoria, sin voluntad...

AMALIA.—¡Pobre Julián! ¡Pobre hija mía!... ¿Pero él, no comprende todo el daño que se hace?

INÉS.—Lo comprende, sí; maldice los excesos y después... como si quisiera dar una aplicación agotadora á su energía, vuelve á caer en ellos sin pensar en las consecuencias. ¿Será posible que hombres como Julián sufran semejantes extravíos, corran al suicidio á la primera contrariedad, pierdan el valor y la inteligencia y sean contradictorios consigo mismos, fluctuando entre dos extremos, entre la sublimidad de la idea y la bajeza del sensualismo? ¿Cómo se explican, cómo puede usted explicar estas cosas?

AMALIA.—Yo no lo explico, Inés; soy una pobre mujer y no puedo acompañarte en tan hondas reflexiones. Yo no tuve un marido

como tu Julián, á cuyo lado sólo aprendiste á enconar tus heridas, creyendo descubrir el misterio de las cosas... Pero creo que la imaginación, como la luz, irradia en todos sentidos y tanto va hacia arriba como hacia abajo. Julián exagera y magnifica la felicidad; exagerará y magnificará también la desgracia. ¡Es tan sensible! Cuando niño, una nada lo llenaba de júbilo y entusiasmo, y otra lo sumía en las lágrimas y la desesperación. Ahora es lo mismo. Si asoma la esperanza, espera con toda su alma y todo su corazón, vuelve a ser niño; si viene el desencanto, su desesperación es también infantil... satánica en un hombre...

INÉS.—¿Cómo remediarlo?

AMALIA.—Habría un remedio...

INÉS.—Diga, diga usted.

AMALIA.—La felicidad.

INÉS.—¡Ay! Desgraciadamente no depende de mí. Julián me quiere, pero á su manera. ¡Oh, no estoy celosa! Es incapaz de amar à otra mujer... Pero no vive para mí, lo abrasa una pasión interna, impersonal, que podría llamarse ambición, si esa palabra no rebajara el concepto... ¡Es el ansia de actuar, de ocupar su tiempo en grandes obras, de satisfacer su necesidad de producción, de hacerse admirar, de ser jefe, cabeza, eje de algo, de mucho, de todo!... Esta pasión prima... Yo ocupo el segundo lugar en su alma, y ¡cuántos dolores me ha costado resignarme!

AMALIA.—¿Y hoy?

INÉS.—Hoy he confundido mi alma con la suya, y quiero lo mismo que él, para él, como él lo quiere ¡Ah! pero «eso» no, «eso» no, nunca!

AMALIA.—(*después de una pausa*)—Entonces... es preciso que triunfe. En la derrota, en la miseria será...

INÉS.—¿Será?

AMALIA (*eludiendo*).—¡Muy desgraciado!

INÉS.—Y eso, la miseria, la derrota es lo que nos espera. ¡A usted puedo decírselo todo, y yo también necesito desahogarme, quejarme por última, por primera y última vez!

AMALIA.—¡Habla, hija mía, habla!

INÉS.—Se lo oculto á Julián, porque lo mataría, pero fatalmente llegará á saberlo... La situación es insostenible. Las deudas crecen y no se pagan... El no puede trabajar... Hay una letra protestada... Los proveedores nos han cerrado el crédito, el casero nos desaloja, la catástrofe llega...

AMALIA.—¿Pero no esperaba Julián cierto dinero?

INÉS.—Sí. Lo esperaba: pero usted asistió á la escena, cuando llegó á sus manos... Aquello bastaba apenas para lo más apremiante... Julián, desesperado, me mandó devolverlo con una carta en que rompía definitivamente con Bermúdez. No devolví el dinero. No envié la carta.

AMALIA.—¡Cómo!

INÉS.—No me arrepiento. He evitado así una nueva locura de Julián, y he retardado la catástrofe. La carta le quitaba el único aliado con que quizá cuente hoy, porque ese hombre lo necesita, no puede «ser», no puede subsistir sin mi Julián, que le decía: «Sólo mi dignidad y el respeto que por mí mismo tengo, me impiden revelar que es usted un impudente grajo, así como el triste papel de apuntador á que las circunstancias me condenan. Guarde usted esa suma tan mezquina y ridícula como su corazón y mismo intelecto». Después de semejantes insultos, usted comprende que no quedaba compostura posible...

AMALIA.—Lo había merecido, pero nunca se puede decir toda la verdad. Hizo usted bien...

INÉS.—Con todo, solo he conseguido una tregua... Julián pierde la cabeza frente á las

exigencias materiales de la vida. Así como ignora el valor del dinero cuando lo tiene, así también no acierta á procurárselo cuando le hace falta... Ahí está su única falla: carece por completo, en absoluto de espíritu práctico. Si lo tuviera sería el «hombre perfecto»... ¡Oh, tiemblo al pensar que de un momento á otro verá forzosamente la situación!...

AMALIA.—Yo tengo algunas economías... muy poca cosa... y si en un momento dado...

INÉS.—Gracias, señora, gracias... Sería una gota de agua en un arenal.

AMALIA.—Sin embargo...

ESCENA II

Dichos—ERNESTO

ERNESTO.—¿Dan ustedes su permiso? (*se conoce que ha bebido*).

INÉS.—Pase usted.

ERNESTO.—Creí que Julián estuviese trabajando.

INÉS.—No: en este momento duerme.

ERNESTO.—Se acostaría tarde...

INÉS.—No; ha estado mal... enfermo.

ERNESTO.—¡Ah!

INÉS.—Pero siéntese usted; tengo algo que pedirle.

ERNESTO.—¿A mí, señora?

INÉS.—Que suplicarle, mejor dicho.

ERNESTO.—No atino. Pero estoy incondicionalmente á sus órdenes, señora.

INÉS.—Es un asunto algo delicado y no quisiera... ofenderlo á usted ¡por el contrario! Lo primero que le pido, pues, es que no tome á mal mis palabras.

ERNESTO.—Señora... cuente usted con...

INÉS.—Y perdone, también, que le hable en presencia de mi amiga. Está al corriente... Conoce el mundo...

ERNESTO (*inclinándose*)—Señora.

INÉS.—Pues... (*haciendo un esfuerzo*) Julián

tiene malos amigos, le rodean gentes que no se preocupan de su salud, ni de su fama, ni de su inteligencia.

ERNESTO.—Señora... yo.. no...

INÉS.—Lo sé. Por eso me dirijo á usted, al que más le quiere, al que menos lo envidia, porque sigue otro camino.

ERNESTO.—¡Eso puede usted proclamarlo bien alto!... Pero ¿los malos amigos?...

INES.—Usted me escuchará y me prometerá, después, hacer lo que le pido: ponerse entre esos hombres y Julián, impedir que lo arrastren á los excesos que lo matan, débil y enfermo de cuerpo, y abrumado hasta lo inaudito de fatiga intelectual...

ERNESTO.—¿Tanto?

INÉS.—Sí; Ellos lo saben y, sin embargo, aprovechan todas sus excitaciones, todas sus contrariedades, para conducirlo... ¡al olvido, dicen! ¡á la muerte ó al... (*quiere decir manicomio, pero no puede*).

ERNESTO (*levantándose más ebrio*).—Señora... ¡Sí, es verdad!... Hay algunos envidiosos, criminales... Pero yo, no; eso, sí: yo jamás. Siempre le aconsejo que se modere... trato de disuadirlo, de impedirle...

INÉS.—Pero le acompaña.

ERNESTO.—Precisamente para contenerlo... para no dejarlo solo por ahí... Pero desde hoy (*tiende la mano*), desde hoy le juro á usted por lo más sagrado, que haré lo que me pide: que me pondré entre esos hombres y Julián. ¡Eso es! ¡entre esos hombres y Julián! ¡Lo quiero tanto! (*compungido*) Es mi mejor amigo, mi hermano...

INÉS.—Entonces ¿me lo promete usted...?

ERNESTO.—¡Señora! ¡Lo he jurado!

INÉS.—Deme usted la mano. Gracias. Viera.

ERNESTO.—¡Ah, señora! (*estrechándole la mano*)

AMALIA.—¡Yo también quiero estrecharle la mano! ¡Cumpla usted su promesa, y Dios se lo pagará!... Julián mismo sabrá agradecérselo más tarde.

ERNESTO.—Estoy seguro, señora... (*pausa*). ¿De modo que no podré verlo por el momento?

INÉS.—Salvo que sea algo urgente, pues en tal caso lo despertaría.

ERNESTO.—No. Es á propósito de «Anónimo».

INÉS.—¡El drama!

AMALIA.—¿Cuándo se representa?

ERNESTO.—Aquí está el manuscrito. ¡Oh! ¡Es admirable! ¡Una obra maestra! ¡Todos lo dicen! ¡Es digno coronamiento á la labor de Julián en estos últimos años!

INÉS.—Pero ¿por qué trae usted el manuscrito entonces?

ERNESTO.—Porque no lo quieren representar.

INÉS.—¿Que no lo...

AMALIA.—¿Cómo dice usted?

ERNESTO.—Que no quieren representarlo.

INÉS.—¿Quién?

ERNESTO.—Nadie, señora. Ninguna de las empresas lo acepta. Lo mismo donde lo leyeron que donde no lo han leído.

INÉS.—Pero ¿por qué... por qué?...

ERNESTO.—Unos dicen que no es teatral, otros que es demasiado nebuloso y tétrico. Dos ó tres aconsejan al autor que desarrolle el asunto en forma de novela... Creo que es lo más acertado.

INÉS (*arrebatándoselo*)—¡Deme usted! ¡No sabe lo que dice!

ERNESTO.—Señora... yo, señora... Ya dije que es una obra maestra, en mi opinión. Pero ¿quién puede imponerse á un empresario? ¿Quién les quita de la cabeza lo que se les ocurre?...

AMALIA.—Pero usted... ¿no se había comprometido?...

ERNESTO.—El hombre propone y Dios dispone, señora. Cosas son esas que no está en mi mano remediar...

INÉS.—Entonces!...

ERNESTO.—Siento mucho haberles dado tan mala noticia... Pero... hay que confor

marse... Volveré á ver á Julián... Señoras... Soy muy servidor de ustedes. (*solemne*) ¡Y lo dicho, dicho!

AMALIA.—Confiamos en usted.

ERNESTO.—En cuanto al drama... ¡Yo lo he leído! ¡Obras así no mueren! ¡Yo lo he leído y sé!

ESCENA III

INES, AMALIA

AMALIA.—¡Otro golpe!

INÉS.—El peor de todos... ¡Julián confiaba tanto en su obra!

AMALIA.—Será preciso no decirle...

INÉS.—Naturalmente.

AMALIA.—Y... ¿confía usted en que ese hombre cumplirá su palabra?

INÉS.—No.

AMALIA.—¡Entonces!...

INÉS.—Entonces tendré el derecho de arrojarlo de esta casa; y lo arrojaré... (*desdeñosamente*) ¡Qué ha leído el drama!... ¡Yo sí que lo he leído, escena por escena, cuartilla por cuartilla! ¿Leído?... ¡Lo he vivido, lo he sufrido, me envuelve aún con sus tenebrosos infortunios!... ¡Oh, desgraciado «Anónimo», yo también, como tu esposa, puedo exclamar (*lee*): «¡Qué negra es esta vida! ¡Qué fúnebres son estos últimos fulgores de juventud! ¡No! Yo he nacido para otra cosa, ¡quiero ser otra cosa! ¡Suerte implacable, pese á tí, haré que mi alma se abra como una flor y lo perfume todo en torno mío!» (*esto último lo ha dicho de memoria*).

AMALIA.—¡Pobre Inés!

INÉS.—Pero no, yo no quiero otro cosa; quiero «una» sola: ¡el triunfo de Julián!

AMALIA.—Y vendrá.

INÉS.—Sí; debo creerlo; lo creo; ¡lo espero!

AMALIA.—¡Ah! (*al ver á Julian*).

ESCENA IV

Dichos—JULIAN

Julián aparece desencajado y vacilante, algo trémulo.

JULIAN.—¿Qué tienes en la mano?
INÉS.—¿Yo?
JULIAN.—¿Por qué lo ocultas?... ¡Ah, señora, disculpe usted; no la había visto.
AMALIA.—¿Cómo está, Julián?
JULIAN.—Bien, muy bien. Muéstrame eso.
INÉS.—¡Oh, no es nada! es el drama. Leía.
JULIÁN.—Pero ¿cómo está aquí?
INÉS.—Acaban de traerlo.
JULIAN.—¿Ernesto?
INÉS.—Sí.
JULIAN.—¿Ya lo han copiado entonces? ¿En qué teatro?
INÉS.—No lo sé. Vino y lo dejó. Volverá más tarde... El te dirá.
JULIAN.—¿De modo que no preguntaste?
INÉS.—No.
JULIAN.—¿Es cierto, señora?
AMALIA.—¡Oh!
INÉS.—¿Crees que soy capaz de engañarte?
JULIAN.—¡Hum!... Engañarme, no... Pero este drama aquí... tu indiferencia... Dejas que dude, quizá por ahorrarme un disgusto, un nuevo dolor...
INÉS.—¡Por Dios, Julián!
JULIAN.—Pueden haberlo rechazado... ¡Tengo tan mala suerte!
AMALIA.—¡No diga usted eso!
JULIAN.—¡Oh! ¡Pero si no quieren representarlo, lo quemaré! Con estas mismas manos lo convertiré en pavesas, aunque me haga pedazos el corazón... ¡No irás, no, á ser presa de las aves de rapiña!... ¡Antes desaparecerás... y yo contigo!
INÉS.—¡No te exaltes así!
JULIÁN.—No me exalto... Hago proyectos...
INÉS.—Terribles... criminales proyectos!

JULIÁN.—No te exaltes tú, ahora. Hablo por hablar.

AMALIA.—Usted exagera siempre, Julián, el lado malo de las cosas!

JULIÁN.—¿Yo? ?Quién dice tal? ¡Las veo como son! Estamos rodeados de desgracias y en plena desgracia. ¡Como en los pantanos, á cada esfuerzo por salir, nos hundimos más! Debemos tener una letra protestada, el embargo en perspectiva; la casa no se paga qué sé yo desde cuando; y para colmo de desdichas me es imposible trabajar... (*Va á tomar el sombrero*). Voy á ver si encuentro cómo salir del atolladero.

INÉS.—No vayas hoy. ¡Estás tan débil!

JULIAN.—Es preciso.

INÉS.—¡No, no hay apremio alguno, creeme!

JULIAN.—Veré á mis amigos y á mis enemigos. Sé que han de esquivarse, negarse; pero no importa: debo ensayar. ¡No es posible seguir así!... ¡Ah, si ese avaro, ese vampiro de Bermúdez, no se hubiera burlado de mí!... Pero hasta ese mismo sacrificio, haré... Iré á verlo, á pesar de la carta, y si no se arrepiente, si no me pide disculpa, si no repara lo que me ha hecho, soy capaz... Pero qué, ¡si se ha tragado mis insultos, quedándose tan fresco!...

INÉS.—Tus insultos...

AMALIA.—La carta...

JULIAN.—¿Qué?

AMALIA.—No fué enviada.

JULIAN.—¿Y quién?...

AMALIA.—Yo se lo aconsejé, Julián.

INÉS.—No. Yo sola lo hice, por mi propio impulso...

JULIAN.—¡Tú!

INÉS.—Te ví tan exaltado, tan fuera de tí...

JULIAN.—¿Conque no mandaste?...

INÉS.—La ruptura, los disgustos...

JULIAN.—Y el dinero ¡tampoco mandarías el dinero!

INÉS.—Tampoco... Pero no me mires así, Julián... ¡Lo hice por tu bien, sólo por tu bien!

JULIAN.—¡Hasta mi propia mujer!

AMALIA.—¡Julián, Julián! En nombre de la razón, en nombre de la equidad ¡no prolongue esta escena, por Dios!

JULIAN.—¡Pero no mandó la carta! ¿Oye usted? ¡No mandó la carta! ¡No pudo comprender que yo lo repetiría á todo el mundo, indignado como estaba! ¡Que mis amigos lo propalarían por todas partes! ¡Que el ridículo me iba á envolver para acabar de matarme!... ¡La traición... por un puñado de dinero que nada remediaría... en mi propia casa, por el ser que más quiero!...

AMALIA.—¡Es demasiado!

INÉS.—Déjelo usted: son los nervios...

JULIAN.—Es la locura. ¿Por qué no dices la locura?... ¡Ah, sí; es lo que conseguirán con sus ultrajes, con sus sarcasmos, con sus traiciones, con su horrenda iniquidad! ¿Qué queréis? ¿Un alma, un corazón, un cerebro, para pisotearlos y aniquilarlos?... ¡Aquí los tenéis, aquí los tenéis!.. ¡Pisotead, enlodad, aniquilad! ¡Nadie os pedirá cuenta: es presa vil en que podéis saciar la sed de envilecimiento y destrucción!

INÉS.—¡Julián, Julián!

AMALIA.—¡Hijo mío!

JULIAN.—Y tú, tú que finges llorar ahora ¿para qué estás á mi lado sino para obscurecer, para amargar más mi vida miserable?...

INÉS.—¡Qué horror! ¡No puedo!... ¡No puedo!... *(retirándose)*

JULIAN.—No, no te irás. ¡Has de escucharme! Sólo tengo un refugio, uno solo: ¡mi pobre casa! Y tú, que podrías iluminarla como un rayo de sol, haces que la huya, que la odie, porque, con la cara mustia, llena de

desconsuelo, te complaces convirtiéndote en mi eterna acusación... ¡Sí! ¡Ya sé que no tienes palacios, ni sedas, ni joyas! ¡Ya sé que los soñaste! Pero ¿qué quieres, dime? ¿Qué me abra las venas? ¡Me las abriré, ahora mismo! ¡Pero nada remediarás, aunque acabe con mi vida!... ¡No puedo, no puedo!... ¡Soy un miserable harapo, una vil armazón impotente!... (*cae en una silla*).

AMALIA (*bajo*)—¡Está extraviado!

INÉS.—¡Escúchame, Julián mío! ¡Tu arrebato te hace injusto y cruel!

JULIAN (*decayendo*).—¡No! ¡No me aflijas más! ¡Apártate y no te acerques hasta que sonrías! ¡Sonríe, sonríe, aunque mientas! ¡Sonríe para que yo pueda engañarme á mí mismo!

(Transición. Deja caer la cabeza sobre el pecho. Inés y Amalia lo observan con augustia).

INÉS.—Callemos. Es una crisis nerviosa.

AMALIA.—¡Qué momentos terribles!

INÉS.—Pronto reaccionará.

AMALIA.—¡Cómo te compadezco, hija mía!

INÉS.—No. Compasión, no. Le quiero... y basta! (*Pausa*)

JULIAN. — (*alzando débilmente la cabeza*) — ¡Inés!... Perdóname... Estas angustias me enajenan... No quise ofenderte... Olvida esas palabras infames!

INÉS.—¡No he oído, mi Julián!

JULIAN.—¡Sé cuánto te debo, desgraciada compañera de cadena! Te he engañado haciéndote soñar dichas irrealizables, y tú, siempre amante, siempre fiel!...

INÉS.—Tranquilízate.

AMALIA.—Ya pasó todo, Julián. La desesperación hace decir cosas harto amargas; pero no tienen valor.

JULIAN.—(*á Inés*) Oh, sí. Estoy tranquilo. Harto tranquilo porque las ideas se me obscurecen y la memoria se me escapa. Todo lo veo confuso, como en la niebla...

AMALIA.—Tome usted un poco de agua (*ofreciéndosela*).

JULIAN.—No. Más bien un estimulante cualquiera. Es la sacudida, después del exceso de trabajo mental...

INÉS —Estimulantes, no, ¡por Dios! Deja que la naturaleza reaccione por sí misma. Eso es la salud.

JULIAN.—¿Y entretanto? ¿Cómo trabajaré? ¡La receta del descanso y como efecto la muerte por hambre! ¿verdad? Ya sé que estos esfuerzos acabarán con mi vida ó con mi razón, pero ¿cómo evitarlos si vivimos de ellos?

AMALIA.—Es que no se cuida usted bastante, Julián: un momento de abandono, cualquier desorden...

JULIAN.—Usted también, Amalia, usted también contribuye á dar consistencia á la calumnia? ¡Ah, no lo crea, no lo repita, por Dios, no lo insinúe siquiera!... Esos miserables lo propalan para detenerme en el camino, para hacerme rodar bien hasta el fondo!... ¡Ah, no lo diga, usted por lo menos, no lo diga!

AMALIA.—¡Por Dios, yo le suplico, no he querido significar!... ¡Soy una torpe!...

INÉS.—¡Mira qué disgusto estás dando á tu pobre amiga, Julián! ¡Tranquilízate! ¡Toma, toma bromuro!

JULIAN.—(*sin escucharla*)—¡Y los calumniadores saben que trabajo meses, meses enteros, sin descanso, sin tregua, doce horas diarias, encerrado entre estas cuatro paredes! ¡Qué sólo un esclavo atado al remo, un presidiario de las letras puede producir lo que he producido! ¡mi obra y la obra de otros! ¡Que es imposible realizar decenas, centenares de volúmenes en medio de la disipación y de la orgía! ¡Que el calificativo de bohemio no me cuadra sino por la pobreza! Lo saben, y siembre en acecho, en emboscada, viles enemigos, falsos amigos, hipócritamente compadecidos,—para

herir mejor espían el momento en que mi cabeza es un volcán, en que la tensión va á hacer estallar mis nervios, en que salgo como un potro que rompe sus ligaduras y escapa embriagado de aire y de libertad antes de respirarlos... ¡Y luego! luego, enternecidos, van de casa en casa, calumniando mi vida entera con la verdad de un solo minuto!...

AMALIA.—Sin embargo... ¡En un minuto puede cometerse un crimen!

JULIAN.—¡Eh! si no me defiendo, si no me disculpo, si no hago la apología del desorden... Y al sentir sus efectos, pienso que puedo acabar como tantos neurópatas: loco ó idiota, suicida ó megalómano. ¡Quizá lo sea ya!... Por ésta me espanto. Por mí... ¡por mí nada me importa! ¡Quisiera acabar sin pensamiento, de pronto, así, como una bugía en una corriente de aire! ¡No pensar! ¡No sufrir! (*abrumado otra vez*).

AMALIA.—(*aparte*)—Hagámoslo cambiar de tema.

INÉS.—(*aparte*)—Sí.

AMALIA.—Dígame usted, Julián...

INÉS.—¿Por qué no le escribes á Bermúdez?

JULIAN.—¿A Bermúdez?

AMALIA.—Es razonable.

INÉS.—Expónle en dos palabras la situación.

JULIAN.—¿Pero cómo te imaginas?...

INÉS.—¡Oh! sin detalles: le dices que varios compromisos...

JULIAN.—Después de...

AMALIA.—La carta no llegó.

INÉS.—El discurso le fué muy aplaudido.

JULIAN.—¡Sabías!

INÉS.—¿Cómo quieres que no lo sepa, Julián?

JULIAN.—Lo pensaré... Preferiría verlo, hablarle...

INÉS.—Te exaltarás.

JULIAN.—No. Iré mañana, más tranquilo. Ahora tengo un cansancio, una depresión...

INÉS.—Acuéstate un rato.

JULIAN.—Sí. La cabeza parece rompérseme.
AMALIA.—Sí, acuéstese usted.
INÉS.—Ven, te arreglaré la cama.

(Lo lleva como á un niño)

AMALIA. — ¡Desgraciados! ¡Desgraciados los dos!

ESCENA V

AMALIA, luego BERMUDEZ

AMALIA.—¿Un carruaje?
(*Llaman á la puerta de la derecha*).
AMALIA.—Adelante.
BERMÚDEZ.—Señora... ¿Podría hablar con don Julián?
AMALIA.—Creo... (*con una idea*). Sí, señor: en seguida.
BERMÚDEZ.—No se moleste usted.
AMALIA.—Iba adentro; le avisaré de paso.
BERMÚDEZ.—Muchísimas gracias.
AMALIA.—Siéntese usted. Vendrá al momento
BERMÚDEZ.—Perfectamente. (*Vase Amalia*).

ESCENA VI

BERMUDEZ

Bermúdez se pasea por la habitación, examina distraidamente la biblioteca. Luego saca varios papeles del bolsillo y elige algunos, con los que se queda en la mano. La escena debe durar apenas lo bastante para dar una leve impresión de tardanza y de expectativa.

ESCENA VII

BERMUDEZ—INES

INÉS.—Julián tardará un instante, señor Bermúdez, y quiero aprovecharlo para hablar dos palabras con usted.
BERMÚDEZ.—Señora, aunque no tengo el honor...

INÉS.—Soy la esposa de Julián, y debo comenzar por asegurarle que ignora el paso que doy en este momento. ¡Es, por otra parte, un momento solemne!

BERMÚDEZ.—La escucho á usted.

INÉS.—Julián está enfermo, mucho más enfermo de lo que él cree, quizá de lo que creo yo misma... Vacilante, desesperado, su entereza y su iniciativa fluctúan... No sabe qué hacer... El trabajo excesivo comenzó por agotarle las fuerzas físicas é intelectuales... ahora lo está matando...

BERMÚDEZ.—¡Señora! cuanto yo pueda hacer...

INES.—(*Continuando*). Vd. sabe que era muy nervioso, muy exaltado, extremadísimo en todo... Hoy está mucho peor: tiene tremendas explosiones, á las que siguen decaimientos mortales... Temo mucho por él! ¡Por ese camino se llega, voluntaria ó involuntariamente á cosas... á cosas terribles, que se imponen de pronto como una fatalidad!..

BERMÚDEZ.—Quiere usted decir que está...

INÉS.—¡¡No!! ¡¡Loco no!! Pero su desesperación me espanta, porque sé que sus motivos, en lugar de disminuir, aumentan sin que lo sepa él... ¡Y cuando lo sepa!... No: ¡la tormenta debe haber pasado, cuando Julián despierte de su pesadilla!

BERMÚDEZ.—Si está en mi mano...

INÉS.—Sí, por lo menos en parte está en su mano. Julián cree que tiene grave queja contra usted, no quiero saber si con razón ó no... Cuando venga, seguramente se lo dirá... ¡Por lo que usted más quiera, por evitar un remordimiento futuro, no le contradiga usted! ¡No lo exaspere usted, por amor de Dios! Sopórtelo usted todo... ¡Será un acto de verdadero valor, no de cobardía hipócrita!... ¿Puedo esperarlo?

BERMÚDEZ.—Soy muy dueño de mí mismo, señora, y le aseguro que toleraré más de lo

tolerable. Pero, si Julián llegara á tales extremos que...

INÉS.—¿Usted lo dejaría, usted se retiraría, verdad?

BERMÚDEZ.—¡Oh!

INÉS.—Yo sería la primera en proclamar la nobleza de su corazón!

BERMÚDEZ.—Me... me retiraría, sí, señora.

INÉS.—¡Oh, gracias!.. Pero todavía no he terminado mi súplica. Julián piensa reiterarle un pedido, exigirle el cumplimiento de una promesa de cuya realización cree pendiente su vida. ¡Aunque sea imposible dé-sela usted por segura! ¡Hay que ganar tiempo; en su estado es menester tratarlo como á un niño, acariciar sus ilusiones!.. ¡De ilusiones vive, con ilusiones se sustenta desde que todos lo engañan, lo explotan, le sorben la sangre y el cerebro!.. (*conmovida y persuasiva*): Usted mismo, ¿qué sería sin él?

BERMÚDEZ.—¡Cómo! ¡Julián!..

INÉS.—¡Julián no me ha dicho nada! ¡Julián es mudo para mí como para los demás! Pero la mujer que ama tiene un sentido nuevo. Yo sé para quien trabaja mi marido, qué piensa, qué escribe, con quien anda, donde va... ¡Oh! ustedes no pueden comprender estas cosas, no llegan á ellas... Yo soy un complemento que vive su propia vida ¡y ni él mismo lo sabe!... Yo le he visto noche y día trabajando para usted, con tesón, con ahinco, con encarnizamiento, casi con entusiasmo... ¡Con entusiasmo, con verdadero entusiasmo muchas veces!.. Y quiere usted que lo ignore... ¡Oh, no! ¡no sería su esposa!...

BERMÚDEZ.—¡Su entrañable afecto me conmueve, señora!

INÉS.—Tarde quizá... Porque usted ha sido injusto con Julián. Usted no ha sabido corresponder dignamente á sus sacrificios, usted ha creído pagarle su cerebro y su

vida con un puñado de dinero que no alcanzaba ni para sus más urgentes necesidades...

BERMÚDEZ.—¡Y con mi cariño, con mi respeto, con mi admiración!

INÉS.—No se conocía...

BERMÚDEZ.—¡Señora! Sólo en este momento comienzo á ver claro... Si la compensación fué escasa, lo ha sido por dos razones. Porque no soy rico ni mucho menos, y mi posición y mi ambición, legítima ó no, me obligan á enormes gastos, en primer lugar; y en segundo, porque los trabajos que encomendaba á Julián eran, en mi concepto, subsidiarios para él: una especie de ayuda de costas que venía á mejorar sus entradas ordinarias. ¡Como no se trataba de transportar montañas!...

INÉS.—¡Cómo se ve que usted no aprecia su obra en lo que vale! Supone fruto de la improvisación lo que es hijo de los desvelos. ¡No se improvisan esas cosas, señor!... Trate usted de hacerlas...

BERMÚDEZ.—Pero él tiene otras ocupaciones...

INÉS.—¡Tan aleatorias, tan mal remuneradas!... ¡Y sin un apoyo, sin un elemento seguro, con la zozobra eterna de lo instable, de lo que puede fallar mañana, de lo que falla siempre! ¡Si consiguiera usted para él el empleo que le ha prometido tantas veces!...

BERMÚDEZ.—Lo haré, señora: lo pediré, me empeñaré, me sacrificaré si es preciso. Y en caso de no conseguirlo, siempre le hallaré un puesto en algún periódico...

INÉS.—¡En un periódico! ¡Agotado como está! ¡Sería la muerte!

BERMÚDEZ.—No se alarme usted: un puesto descansado, tranquilo, que le deje tiempo para reposar ó para dedicarse á otras cosas que lo animen y reconforten...

INÉS.—¿Y será pronto?

BERMÚDEZ.—Algo tardará. Imposible hacer

esto de la noche á la mañana... Dentro de unos días.

INÉS.—¡No le hable usted así! ¡Afírmele, por el contrario, que ya tiene su suerte asegurada, que han acabado sus horas de prueba.

BERMÚDEZ.—Así lo haré, señora. Y en cuanto á otra clase de urgencias, escríbame usted una palabra, y será servida...

INÉS.—¡Gracias! ¡Lo esperaba de usted!... ¡Ah! Dele usted la noticia antes de que él le hable... Así se evitará...

ESCENA VIII

Dichos—AMALIA

AMALIA.—¡Inés! Julian se levanta y viene.

INÉS.—Por suerte habíamos terminado ya.

AMALIA.—Oyó rumor de voces, y no pude detenerlo más.

INÉS.—¿Confío en usted?

BERMÚDEZ.—Vuelvo á empeñar mi palabra.

INÉS.—No se retire usted, señora. Es bueno que estemos presentes.

BERMÚDEZ.—Sí.

AMALIA.—Me quedaré.

ESCENA IX

Dichos—JULIAN

JULIAN (hosco).—¿Estaba usted aquí?

BERMÚDEZ.—Acabo de llegar en este momento.

INÉS.—Iba á avisarte.

JULIAN.—Déjanos.

INÉS.—Sí; ¿vamos? (*á Amalia*).

BERMÚDEZ.—No se retiren ustedes, señoras. Es innecesario. Lo que tengo que decir á Julián no exige reserva alguna.

AMALIA.—Sin embargo...

BERMÚDEZ.—Le traigo á usted una buena noticia.

JULIAN.—¿Una buena noticia, usted?
BERMÚDEZ.—Sí. Me he ocupado empeñosamente de asegurar su posición.
JULIAN (*irónico*).—¡Ah!
BERMÚDEZ.—¿No me he apresurado mucho, verdad? Sin embargo, todo llega para quien sabe esperar. Y á usted le consta que las circunstancias no me permitían... ¡Bien, pues! Acabo de tener una larga conversación con cierto ministro, todavía no puedo decirle cual—y ¡cosa hecha! Tengo en la mano las credenciales de usted...
JULIAN.—¿De veras? ¿Y se trata?
BERMÚDEZ.—De un puesto digno de sus aptitudes, y que las pondrá en evidencia.

(*Juego mudo de Inés y Amalia*)

JULIAN.—¡Oh, me devuelve usted la vida!
BERMÚDEZ.—Aun hay otra cosa.
JULIAN (*dudoso, pero pronto a dejarse convencer*).—¿Tan buena?
BERMÚDEZ.—De otro orden, pero buena también.
JULIAN.—¡Diga, diga usted!...
BERMÚDEZ.—Tampoco puedo ser muy explícito. Se trata de un periódico cuya empresa quiere contar con usted...
JULIAN.—Un periódico...
BERMÚDEZ.—No hay que alarmarse. Usted sería redactor en excelentes condiciones...
JULIAN.—¿Anónimo?
BERMÚDEZ.—Firmando sus artículos. El director me ha pedido que lo tantee, para conocer sus exigencias.
JULIAN.—¿Qué opinión tiene el periódico?
BERMÚDEZ.—La opinión... la opinión no hace al caso, pues usted tendría libertad absoluta para escribir de todo, menos de política...
JULIAN.—¿Mucho?
BERMÚDEZ.—Lo que usted quiera.
JULIAN.—Entonces, hágame usted un favor...
BERMÚDEZ.—¿Y es?
JULIAN.—Tantee á su vez al director y arre-

gle usted lo referente á intereses de la mejor manera posible. ¡Soy tan torpe para cuanto se refiere á números!

BERMÚDEZ.—¡Así lo haré!

JULIAN.—¡Oh, cuánto le debo, Bermúdez! y yo que... y yo que...

INÉS.—¡Julián!

JULIAN.—Yo que estuve á punto...

INÉS.—¡No insistas!

BERMÚDEZ.—Sí; me doy cuenta. Dudaba V. de mí...

JULIAN.—Era tan verosímil...

BERNÚDEZ.—Las circunstancias me han hecho parecer injusto. Pero iluminado de pronto (*mira á Inés*) redimiré mis faltas.

JULIAN.—¡Mi querido amigo!

BERMÚDEZ.—¡Tenga usted confianza en el futuro, que es nuestro! ¡Vd. ha trabajado para mí, yo trabajaré ahora para Vd., y he de colocarlo sobre mi cabeza!...

JULIAN.—¡Oh, Bermúdez, no tanto, no tanto!...

BERMÚDEZ.—Pero... es menester no descuidarse... Es necesario dar el gran golpe, el gran golpe que ha de afirmarnos para siempre... Tome V. estas notas: ellas le dirán lo que deseo. Verá usted su importancia.

JULIAN.—Sí.

BERMUDEZ.—El trabajo es urgentísimo... (*Julián examina las notas*).

INÉS (*aparte á Amalia*)—¡Da palabras y exige vida, en cambio!

AMALIA (*aparte á Inés*).—¡No nos apresuremos á sentenciar!

INÉS (*íd*).—¡Pero si así ha sido siempre!

AMALIA (*íd*) — ¡Pero Julián revive! ¡Mírelo usted! (*Inés se anima*)

JULIAN.—¡Muy bien! ¡Magnífico! ¡Haremos con esto una revolución pacífica! ¡Tengo mis ideas, mi plan! ¡Déjemelo usted! ¡Mañana estará pronto aunque me cueste! ¡Y gracias, gracias, Bermúdez!...

BERMÚDEZ.—Gracias á usted, Julián. (*Se estrechan la mano*). Señora... (*Vase.*)

ESCENA X

JULIAN, INES, AMALIA

JULIAN.—Un discurso-programa... Dentro de mis ideas... Con las grandes líneas de acuerdo con mi modo de pensar... Con los detalles libres... ¡Oh, mi obra, mi obra!... Digo que no soy nada... Me desespero y estoy realizando mi obra por manos de Bermúdez...

INES.—¡Sí, Julián! Tienes razón de estar contento.

AMALIA.—Mis felicitaciones por el empleo.

JULIAN.—¡Y el periodismo de verdad! ¡á cara descubierta! ¡con mi firma!... ¡Llegó la hora!... ¡Me siento sano, fuerte, joven!... (*ligera nube que reprime luego*): ¡Si no fuera por este dolorcito de cabeza que no me abandona!. . ¡Ea! ¡á vivir, á triunfar!

INES.—No exageres ahora tu alegría; aun no tienes...

JULIAN.—¡Ahuyenta tus temores!¡ Estoy seguro! ¡Seguro!... ¡La victoria es nuestra! ¡Esto (*por las notas*) esto nos pondrá al frente del país, así, como suena!...

AMALIA.—¡Siempre niño!

JULIAN.—¡Eh! ¡Pero hay que trabajar!... Voy á la huerta, á pasearme poniendo en orden mis ideas. ¡Estoy loco de contento! (*Vase tarareando la Marsellesa*).

ESCENA XI

INES—AMALIA

INES.—¡Y decir que este es el efecto de una simple ilusión! ¡Pobre Julián! ¡Qué alma angélica! ¡Y cuán criminales son los que te engañan por explotarte!...

AMALÍA.—Pero lo que ha dicho ese señor...

INES.—No encierra una palabra de verdad... por ahora...

AMALIA.—¿Nada? ¿nada?

INES.—Bermúdez no ha hecho sino repetir la lección que yo misma le he enseñado.

AMALIA.—¡Oh!

INES.—Sólo que... me promete convertir estos sueños en realidad. ¡Dios lo quiera!

AMALIA.—Sí ¡Dios lo quiera!

INES.—¡Y lo querrá, porque un nuevo desengaño mataría á julián!...

AMALIA.—Pero ese hombre parece honrado, bondadoso.

INES.—Y lo será sin duda... Pero, si cree que Julián ha de hacerle sombra... despertará su instinto de conservación, y pese á su bondad, á su honradez... entonces...

AMALIA.—¿Entonces?

INÉS.—¡No habrá remedio ni en el cielo ni en la tierra! (*Pausa*)

AMALIA.—¿Cómo entra este hombre hasta aquí?

ESCENA XII

Dichas--LEVY

LEVY (*con cierto airecillo autoritario*)—Vengo á decirle otra vez que ha vencido hace una semana.

INÉS.—¿Por qué esa insistencia?

LEVY.—Porque soy un enfermo, un pobre hombre, un viejo, que no puedo permitir que se queden con lo poco que tengo para comer.

INÉS.—¡Pero, se le pagará!

LEVY.—Eso viene usted diciendo ¡y nada! ¡Por suerte sé cómo debo defender mis intereses! Lo protesté en tiempo, seguí los trámites ante la justicia... Don Julián está condenado en rebeldía. Ahora puedo ejecutar, embargar en el momento que quiera... Yo lo siento mucho, muchísimo... Pero soy un pobre... y el dinero es sagrado... ¿cómo se haría, entonces, para vivir?

INÉS.—Puede pagarse usted con...
LEVY.—¿Con qué?
INES.—Con la biblioteca. (*Levy va á examinar la biblioteca*).
LEVY.—¡A ver, á ver!
INES.—Hay tantos y tan buenos libros...
LEVY.—¡Eh, eh!... ¡Yo soy un pobre... ignorante eh!... ¡Obras científicas, eh!... ¡Libros viejos, eh!... ¡Ni una novela, eh!... ¡Hum! ¡Hum! Esto no basta.
INES.—Julián la ha reunido en largos, muy largos años y le cuesta mucho dinero, muchas privaciones.
LEVY.—No digo que no... Pero una cosa es «costar»... otra cosa es «valer»... Y estos libros no valen nada... ¡En plaza no hay quien dé nada por ellos!
INES.—¡Dios mío!
AMALIA.—¡Valor, hija, valor!
INES.—¿Quiere decir, que no alcanzan?
LEVY.—¡Alcanzar! ¡No alcanza todo lo que ustedes tienen en la casa!
INES.—Los muebles...
LEVY.—Y la ropa... Ni para el documento solo... y hay que agregar los gastos de procurador, y los otros intereses y...
AMALIA.—¡Pero eso es una iniquidad!
INES.—Calle usted! ¡Si Julián se enterara!...
AMALIA.—¡Jesús!...
LEVY.—Yo no soy un usurero... ni un tirano... Soy un pobre... Vamos, señora: no se aflija... Le daré un nuevo plazo... Muy corto... porque ya esperé demasiado y no puedo más...
INES.—¿Hasta cuándo?
LEVY.—Hasta... mañana á las tres de la tarde.
INES.—¡Mañana!
LEVY.—Mañana á las tres vendré con el alguacil, á recoger el dinero ó á llevarme los muebles y los libros... ¡¡Si no fuera un pobre!!

ESCENA XIII

INES—AMALIA

AMALIA.—Corro á casa. (*Poniendose el sombrero*).
INÉS.—¿Qué va usted á hacer?
AMALIA.—A traer lo poco que tengo.
INES.—¡Pero, señora!
AMALIA.—¡Ni una palabra! Es insignificante pero quizá de otro lado consigan ustedes. .
INES.—No puedo permitir.
AMALIA.—¡Calla, calla, pobre hija mía!

ESCENA XIV

Dichos JULIAN

JULIAN.—¿Se marcha usted?
AMALIA.—Vuelvo en seguida.
JULIÁN.—¡Vaya! ¡me alegro de que vuelva!... ¡Tengo la cabeza hirviendo! ¡Me duele, lanza chispas: y ese dolor es la inspiración, esas chispas son las ideas!... ¡Qué discurso! ¡Qué gran discurso!
AMALIA.—Hasta luego, hija.
INES.—Hasta luego, y gracias, señora.

ESCENA XV

INES — JULIAN

INES.—¡No trabajes demasiado!
JULIAN.—Despreocúpate. ¡Cuando estoy como ahora, lo mejor es escribir! ¡Tengo fiebre! ¡Los pensamientes hierven aquí, como en una olla! ¡Qué discurso! ¡Qué programa grandioso! (*escribiendo*). ¡Corre, pluma mía! ¡Brota, cerebro mío!... ¡Oh, qué júbilo! ¡la gloria, la fortuna, el poder!...
INES.—Bien; trabaja.

JULIAN.—Sí.
INES.—Vendré dentro de un rato para obligarte á descansar
JULIAN.—¡No, no vengas!
INES.—Pero...
JULIAN.—Al interrumpirme me sacudirías el cerebro, me trastornarías.
INES.—¿Con mi presencia?
JULIAN.—¡No lo tomes así!
INES.—Me lo dices de un modo...
JULIAN (*displicente*)—Entonces... ven...
INES (*aparte*).—Vendré. (*Vase*).

ESCENA XVI

JULIAN, luego ERNESTO más ebrio que antes

Julián escribe. se levanta, consulta un libro, vuelve á escribir febrilmente. Entra Ernesto.

ERNESTO (*grita*)—¡Por fin, hombre! Creí que ibas á dormir...
JULIAN (*sobresaltado*)—¡Eh! (*movimiento muy violento*).
ERNESTO (*terminando*).—hasta el juicio final.
JULIÁN.—¡Caramba contigo! Ves que estoy trabajando y...! Entra y calla.
ERNESTO.—Es que debo decirte algo grave.
JULIÁN.—¿Grave? ¡Habla!
ERNESTO.—Mi franqueza y mi lealtad...
JULIAN.—Deja los circunloquios.
ERNESTO.—Acabo de hablar de tí con Bermúdez. Fuí para eso. ¡Está afligidísimo! Dice que te ha hecho, obligado por las circunstancias, promesas inconsideradas, que no sabe como cumplir ¡Que es cosa de volverse loco!...
JULIAN (*irritandose é indignandose por grados*).—Pero él me aseguraba...
ERNESTO.—Te ha engañado creyendo hacerte un servicio. Me exigió la más completa reserva... Me dijo que solo á un amigo íntimo como yo... Pero ¡ya sabes! mi lealtad...
JULIAN. — ¡Engañarme!... ¡Bermúdez!... ¡A mí!... ¡Ah traidor! ¡Ah, asesino!...

ERNESTO.—Cumplía á mi amistad...

JULIAN.—Sí, sí; no importa... ¡Has hecho bien!... ¡Has hecho una honesta y santa canallada!... (*rompe con furor las cuartillas, y al tomar otra, toma tambien el drama*). ¡Ah! ¿tú has traído esto? (*blandiéndolo*).

ERNESTO.—Sí.

JULIAN.—¿Por qué no lo quieren representar?

ERNESTO.—¿Te lo dijo tu señora?

JULIAN.—¿En qué teatro?

ERNESTO.—En ninguno... En cambio el de Cienfuegos se representa esta semana.

JULIÁN.—¡Pero el de Cienfuegos sí!... ¡Ah, estoy condenado! ¡El drama! ¡Mi sueño, mi única esperanza, mi porvenir!... ¿Mi porvenir? ¡Mira, mira lo que hago de mi porvenir!... ¡Polvo y ceniza! ¡Así! ¡Así! (*lo rasga y lo tira al suelo*).

ERNESTO.—¡Qué locura, Julián!

JULIAN.—¿Por qué? ¿No ves que estoy muerto, muerto? ¡Que ya no hay más desgracias! ¡Que esta vida es una horrenda pesadilla!... ¡Ven, ven tú! ¡vamos! te encenagaré en el olvido y en el embrutecimiento, y yo mismo me hundiré contigo. ¡Ven! ¡corramos!

ESCENA XVII

Dichos—INES

INÉS (*desgarradoramente*)—¡Julián!

JULIAN.—¿Qué me quieres?

INÉS.—¡No salgas, no te vayas, no sigas á ese hombre! (*tropieza con los fragmentos del drama*). ¡El drama! (*paralizada*).

JULIAN.—¡Que no vaya! ¡Que no vaya! ¿Y qué puedes darme en cambio?

INÉS.—¡Amor!

JULIAN (*Desesperado, golpeándose la frente*)—Para esto no basta. (*Vase corriendo. Ernesto lo sigue*).

INÉS (*de rodillas, recogiendo el drama, solloza:*)—¡Yo lo salvaré!

TELÓN

ACTO TERCERO

La misma decoración.—Han desaparecido la biblioteca y los muebles, y sólo ocupan la escena varias sillas de paja y una mesa de pino.

ESCENA I

INES—AMALIA

INÉS.—Y en ese torbellino de infortunios sólo acerté á salvar el drama y correr á casa de Bermúdez para exponerle más claramente la situación...

AMALIA. —¿Y, entonces?

INÉS.—¡El drama lo tengo. íntegro, rehecho, sin que falte una sola frase! ¡Pronto para la escena y los aplausos, que han de llegar un día!

AMALIA. —Pero Bermúdez...

INÉS.—Hizo lo que pudo... atendió á lo más urgente: gracias á él no nos han desalojado...

AMALIA. —Yo volví, y viendo la casa cerrada, dejé en el buzón...

INÉS.—Sí... Comprendí que era usted... Gracias, mi buena, mi noble amiga.

AMALIA. —¡Era tan poco, hija mía!

INÉS.—Por eso los muebles, las ropas... ¡los libros que tanto costaron!... ¡los libros, sobre todo!

AMALIA. —¿No hizo más Bermúdez?

INÉS.—No podía por el momento. Vino á la noche siguiente.—Se conmovió al ver que nos lo habían embargado todo, dejó pasar, imperturbable, una espantosa explosión de Julián, y luego, con calma, con afecto, co-

[illegible] que no [illegible] mismamente una [illegible] de [illegible] en la [illegible].

AMALIA.—[illegible]

INÉS.—[illegible] de la desesperación [illegible] escribir el discurso [illegible] me asusta por lo mal [illegible] que me parece. Siento como si [illegible] una iluminación y no [illegible] una semana. [illegible] Hoy [illegible] Ay, olvidaba [illegible] a cumplir sus promesas [illegible]

AMALIA.—¿Si [illegible]?

INÉS.—La [illegible] de escribir algunos [illegible] para *La Verdad*, aunque muy modesta, ya es una base contra que se puede [illegible] ... Aquí está el principio del artículo.

AMALIA.—Lea [illegible] usted!

INÉS.—Es apenas una cuartilla. *lee*. «La acción que aparentemente prima sobre el pensamiento en la materialidad de la vida, no puede ejercerse si el pensamiento no la impulsa. Pero, por una inexplicable anomalía, mientras los hombres de acción son elevados á las mayores alturas, los hombres de pensamiento se ven abandonados, desdeñados y expuestos á la miseria que acaba con ellos. Se les olvida, vivos, para hipócritamente, llorar después sobre sus cadáveres. Se les asesina moral y materialmente y luego se rehuye la reponsabilidad y el castigo tras de las lágrimas que dicen: «¡Yo no fuí!..» ¡Y nadie ha sido porque todos lloran!» (*Conmovida*).

AMALIA.—¿No hay más?

INÉS.—Aquí se interrumpió... (*Deja la cuartilla*).

AMALIA.—Es como el compendio de su vida, su...

INÉS.—¡No lo diga V.!

ESCENA II

Dichos—JULIAN

JULIÁN.—V. no nos abandona.

AMALIA.—Me refugio aquí, mejor dicho. ¿Esa salud?

JULIÁN.—Bien. Sólo este dolor de cabeza... Estaba escribiendo y he tenido que dejar.

INÉS.—Y, sin embargo, te esfuerzas...

JULIÁN.—Sabes que es necesario... Mi estreno en *La Verdad*... ¿Cómo retardarlo, no es así, señora?

AMALIA.—Pero estando enfermo...

JULIÁN.—Oh, es poca cosa.

(*Suenan fuera voces y vivas*).

INÉS.—¿Qué es eso?

AMALIA.—No me doy cuenta.

INÉS.—Hay un gentío enorme frente á la casa de Cienfuegos.

AMALIA.—¿Qué será?

INÉS.—¡Vaya V. á saber!

(*Julián, entretanto, se esfuerza por escribir y va rompiendo cuartillas con creciente agitación*).

JULIÁN.—¡Esto es desesperante! ¿Me irá á faltar el pensamiento cuando más lo necesito?...

INÉS.—¡Julián, por favor, no te esfuerces!

JULIÁN.—¡No! Si tengo... Si tengo...

INÉS.—¡Paséate! ¡Descansa!

JULIÁN.—Quiero acabar.

INÉS.—Pero no ves...

JULIÁN.—¡Déjame!

AMALIA.—Por Dios, Julián...

JULIÁN.—No; si tengo que seguir. Me he plantado aquí, de golpe, y no es razonable. ¡Sí el artículo estaba pensado, ordenado, hecho! ¡Y ahora!...

INÉS.—Déjalo para más tarde.

AMALIA.—El ruido de la calle es lo que le marea, Julián. Aguarde V. por lo menos á que cese.

JULIÁN.—¡En fin!... (*Levantándose*).

ESCENA III

Dichos—ERNESTO

(*Entra Ernesto corriendo, sofocado, y casi sin saludar á las damas se precipita hacia Julián*).

ERNESTO.—¡Ven Julián, ven! ¡Tú no puedes faltar! José está recibiendo una manifestación estupenda.

JULIÁN.—(*Con creciente agitación, violentísima al fin*).—¡Ah ¿esos vítores!

ERNESTO.—A él.

JULIÁN.—Esos aplausos..

ERNESTO.—A él, también. Ven, ven pronto. Me envía á buscarte.

JULIÁN.—Pero, veamos ¿por qué esa manifestación?

ERNESTO.—¡Cómo! ¿No sabes?

JULIÁN.—No

ERNESTO.—¡Por el enorme triunfo de su drama, pues!

JULIÁN.—¿De su drama?

ERNESTO.—Estrenado anoche en la Comedia.

JULIÁN.—Su drama, dices, ¿cuál?

ERNESTO.—¡La Apoteósis! ¡El único que tiene.

JULIÁN.—¿La Apoteósis, dices? ¿Qué La Apoteósis es suya? ¡No, mil veces no! ¡La Apoteósis es mía! ¡Ese triunfo es legítima, exclusivamente mío! ¡La obra la escribí yo, frase por frase, escena por escena! ¡Y lo diré, lo proclamaré, reclamaré lo mío: todos esos aplausos, esas aclamaciones, esa manifestación! ¡Ahora, ahora mismo! (*Cesan los vítores*). ¡Dame el sombrero! ¡Dónde está el sombrero! ¡No! iré así, así, como una madre á quien roban los hijos! ¡Ya basta! ¡Ya basta!

INÉS.—¡Julián, por Dios! ¡Oyeme! ¡Escucha!

JULIÁN.—¡Nada!

ERNESTO.—¡Te has vuelto loco, Julián!

JULIÁN.—¡Sí! ¡Loco de indignación y de sed de justicia! ¡Déjame!

ERNESTO.—(*Mirando por la ventana*).—Ya es inútil... Se han marchado.

AMALIA.—¡Bendito sea Dios!

INES.—¡Ah! ¡Respiro! ¡Qué suplicio!

ERNESTO.—¡Con que el drama es tuyo!

JULIÁN.—(*Como demente.*)—¡Lo he rehecho todo! ¡Y el mío es rechazado como un esperpento mientras me endiosan bajo otro nombre!

ERNESTO.—Pues hijo, ¡al César lo que es del César! ¡Yo lo pondré todo en su lugar! ¡Confía en mí!... (*Aparte*). Llegaré á tiempo.

JULIÁN.—¿Qué piensas hacer?

ERNESTO.—¡Ya lo verás!... (*Al salir viendo á José. Ap.*) ¡Este aquí! ¡No se mete en mal avispero!

(*Deja entrar á José y se escurre luego á la calle.*)

ESCENA IV

JOSE, JULIAN, INES, AMALIA

JOSÉ.—(*Corriendo á abrazarlo*).—¡Mi querido Julián! ¡Te mandé llamar para que gozaras con mi triunfo, con mi magnífico triunfo ¡Estoy loco de contento! ¿No has oído?

JULIÁN.—(*Separándose y retrocediendo*).—¿Tu triunfo? ¿Me esperabas? ¿Me mandaste buscar? ¿Y por qué no trajiste á «tus» manifestantes hasta esa puerta para decirles, para gritar: «El que ha merecido vuestros aplausos, vuestros vítores, habita en este miserable rincón! ¡Su cerebro engendró las grandes ideas que os entusiasman! ¡Entremos á arrancarle de la obscuridad de la muerte, á reintegrarlo á la vida y á la luz! ¡Entremos! ¡Tengo que devolverle lo que le he robado!»

JOSÉ.—(*Irguiéndose*).—¿Lo que te he robado? ¿Qué te he robado?

JULIÁN.—¡La vida! ¡El futuro! Tú y los demás parásitos de mi cerebro me habéis robado la vida, me la habeis sorbido gota á gota. ¡Más! ¡Me habéis cerrado el porvenir, habéis borrado mi nombre de la historia! ¡Y hoy que, rendido, exhausto, embotado, no puedo daros la savia que no tengo, os halláis prontos á arrojarme al muladar! ¡Canalla! ¡Oh, qué canalla!...

JOSÉ.—¡No por qué estés en tu casa y delante de señoras puedo tolerarte un lenguaje que no autorizan, por cierto, cuatro indicaciones más ó menos superfluas que me has hecho!

JULIÁN.—¡Cuatro indicaciones! ¡Ve! ¡Trae el manuscrito corregido, y pruébalo! ¿Saben Vds. lo que ha quedado de su famoso original? ¿Quieren saberlo? ¡¡El papel!! ¡¡El rico papel inglés!! ¡Lo demás es mío, lo demás brotó de aquí!...

JOSÉ.—¡La idea!...

JULIÁN.—Tu idea era una inepcia y yo la troqué en pensamiento noble, elevado, fecundo! ¡Tus tipos eran miserables muñecos de cartón y yo les dí el soplo genial de la vida! ¡Tus escenas eran desfiles de trajes llevados por fantoches, y yo las hice hervideros humanos, choque de pasiones é intereses, pedazos de amarga vida!..

JOSÉ.—¡Mientes, Julián!

JULIÁN.—¡Que miento, soberbio gusano devorador de cadáveres! ¡Que miento! ¡Trae, muestra, exhibe el manuscrito y se verá quien es el embustero y el ladrón! ¡El ladrón, sí, el ladrón!

JOSÉ.—Lo que haces es cobarde é insensato!

JULIÁN.—¡Ah! ¡vil, vil! *(quiere precipitarse sobre él. Inés se interpone. Amalia aparta á José).*

AMALIA.—¡Señor, por Dios, considere!

JOSÉ.—¡Esto es una miserable emboscada!

JULIÁN.—¡Ah, triple y venenoso cretino!

AMALIA.—¡Por favor!... Está enfermo...

JOSÉ.—Me iré, sí señora. ¡Me marcho!
AMALIA.—¡Ah! ¡gracias, gracias!
JULIÁN—(*Amenazador, en la puerta*). ¡Pero esto no puede quedar así!...

ESCENA V

JULIAN, INES, AMALIA

Julián queda anonadado y cuando Amalia corre á él, se desprende de los brazos de Inés y cae sin fuerzas en una silla.

AMALIA.—¡Qué espanto!
INÉS.—¡Tranquilízate, Julián!
AMALIA.—Algún calmante...
INÉS.—Toma un poco de bromuro (*se lo ofrece*)
JULIÁN—(*lo rechaza con el ademán*).
AMALIA.—Ha quedado sofocado. ¡También semejante estallido!...
INÉS.—¿Tiemblas? ¡Toma el bromuro!
JULIÁN (*vuelve á rechazarlo*).
INÉS.—Vamos ¿Ya pasó?...
AMALIA.—¡Una excitación semejante!
INÉS.—¡Y por tan poca cosa, Julián! ¡Precisamente cuando empiezas á trabajar para tí, para mi!
AMALIA.—¡Vamos Julián! ¿Para qué sirven ese corazón y esa inteligencia sino para sobreponerse á todas estas pequeñeces de la vida?
INÉS.—¡Habla!... ¡Háblame!
JULIÁN.—Sirven... Sirven... Sirven...
INÉS.—¡Ven! ¡Anímate!... Vamos á pasear por la huerta...
JULIÁN (*murmura ininteligiblemente*).
INÉS.—Vamos á la calle, á la plaza...
JULIÁN.—(*Mueve desfallecido la cabeza*).
INÉS.—Tomaremos un carruaje... ¿No quieres?
AMALIA.—Es inútil.
INÉS.—(*Aparte á Amalia*).—¡Hay otro medio! (*alto, con voz fuerte y serena*). ¡Julián, tienes que trabajar, que terminar tu artículo!
JULIÁN.—¡Ah! (*movimiento de interés de Julián*).

INÉS.—¡Mira! ese artículo, ¡lo siento, lo adivino! va á ser tu revelación! ¡Con él te impondrás!

JULIÁN.—Sí (*vago, este sí*).

INÉS.—¡En cuanto aparezca serás ótro hombre! ¡Y después! ¡Los siguientes, aún más hermosos, aún más grandes, sellarán para siempre tu reputación!... ¡Ten confianza! ¡Espera! ¡Mira cuánto espero yo!

JULIÁN.—El artículo... El artículo... Sí. (*se levanta vacilante*).

INÉS.—(*Arrepentida al verlo así*)—Toma un poco de aire antes.

JULIÁN.—No... Ahora... Ahora... Deja (*va tambaleándose á la mesa y se sienta á escribir*).

INÉS.—¡Ojalá pueda! ¡Si trabaja, vive!

AMALIA.—¡Qué aflicciones!....

JULIÁN.—No (*tira la cuartilla*).

AMALIA.—Esperemos... Ahora empieza...

JULIÁN.—No... (*id*).

INÉS.—Se esfuerza demasiado.

AMALIA.—¡Hay que impedirle!

JULIÁN.—No...(*id. Luego escribe un momento. Expectativa*).

AMALIA.—¡Hablele usted! ¡No! ¡Al fin consigue!....

JULIÁN.—¡No puedo... no puedo... no puedo!... Las ideas... se borran... Las palabras... no quieren acudir... ¡Siento... la cabeza vacía, vacía, vacía!

AMALIA.—Salga usted á respirar un rato...

JULIÁN.—Sí... voy...

INÉS.—¡No! ¡solo no! Conmigo... ¡Yo debo ser la madre, la compañera, la esclava de mi Julián!

JULIÁN.—No puedo.. (*desfalleciendo de nuevo*).

INÉS.—¿Que tienes ahora?

JULIÁN.—Ahora... un clavo aquí... ardiendo... en las sienes... Y nada... nada... nada,

INÉS.—¡Toma el bromuro!

JULIÁN.—¿Bromuro? (*sin recordar lo que es*). ¡Ah! sí...
INÉS.—Y duerme un rato.
JULIÁN.—Sí... sí...
AMALIA.—¡Qué dulzura! ¡Ni un niño!
INÉS.—¡Es lo terrible!
AMALIA.—Será...
INÉS.—¡Nunca lo he visto así, nunca! Toma, bebe, Julián.
JULIÁN.—(*después de beber, extrañando el sabor*). Salado...
INÉS.—¡Dios mío! Ven, acuéstate.
JULIÁN.—¿Acostarme? .. ¿Donde?....
INÉS.—Allí... en tu cama.
JULIÁN.—¡Ah! sí ...Ya no me acordaba (*riendo*).
INÉS.—Ven. (*lo lleva, como mareado*).

ESCENA VI

Amalia, sola, se acerca á la puerta por donde han salido Inés y Julián, y escucha visiblemente ansiosa. Pasado un momento vuelve Inés.

ESCENA VII

INÉS—AMALIA

AMALIA.—¿Se acostó?
INÉS.—Sí. Vestido.
AMALIA.—¿Se le pasa?
INÉS.—Ahora parece más tranquilo... Sin embargo, casi preferiría verlo inquieto... No sé qué calofrío me da su abatimiento... ¡Siento como si nunca, nunca más fuera á verlo de otro modo!... ¡Tengo un miedo!..
AMALIA.—¡Qué aprensiva se está usted poniendo!
INÉS.—¡Julián empeora, enflaquece, las crisis son cada vez más frecuentes y espantosas!
AMALIA.—Sería bueno consultar un médico.
INÉS.—Sí, sería. Pero Julián no quiere, y si lo llamamos es capaz de enfurecerse; después, cuando lo haya convencido... ¡Ah! ¡Si tuviéramos todavía la biblioteca!
AMALIA.—¿Para qué?

INÉS.—¡Había tantos libros de medicina!... En uno de ellos me parece haber leído... sí, he leído... ¡el caso que Julián citaba siempre!... El caso de Paul Feval, de Maupassant... Y otros, otros más... Figúrese usted... un hombre de talento muerto en vida... Un cuerpo sin alma... ¡Oh, qué horror, qué horror!

AMALIA.—¡No piense usted en semejante cosa! ¿Qué tiene que ver todo eso con un ataque de nervios del pobre Julián?

INÉS.—¿Y si tuviera? ¿si tuviera?... ¿Qué camino me quedaría? ¡¡El, inconsciente!! ¿Matarlo y matarme?

AMALIA.—¡Qué atrocidad! ¡Hija mía!

INÉS.—Sí; tiene razón... Sería demasiado horrible... ¡Matarlo, oh, no, no!... ¡Aun sin espíritu, custodiaría ese cuerpo como una reliquia, como una tumba amada y venerable! ¡como un santo sepulcro!...

AMALIA.—Vuelve en tí, Inés, vuelve en tí! Sacude esa horrible pesadilla! ¿Despierta, me oyes? ¡Despierta!

INÉS.—Pesadilla... Sí, es una pesadilla, nada más... ¿Por qué habría de suceder? ¿Por qué no habría de vivir con el alma y con el cuerpo, ahora que la vida se ofrece á él, ahora que empieza?

AMALIA.—¡Tiene usted razón! Usted lo sabe como yo lo sé; la condición necesaria para Julián es poder pisar con pie firme; cuando se sienta alentado centuplicará sus bríos. ¡Un poco de felicidad le hará capaz de conquistar toda la felicidad! ¡Un poco de éxito le hará alcanzar todos los éxitos!

INÉS.—¡Es verdad! ¡Es verdad!

AMALIA.—Las mujeres adivinamos estas cosas que los hombres no saben. Julián reaccionara, y desde ese momento!...

ESCENA VIII

Dichos.—ERNESTO con un periódico en la mano

ERNESTO.—¡Ah señor! ¡Por suerte llegué antes de que se cerrasen las formas!

INÉS.—¿Las formas?

ERNESTO.—¡Sí, del periódico!

INÉS.—No entiendo. ¿De qué se trata?

ERNESTO.—¡Del comunicado, pues! ¡Del comunicado! ¿No les dije que confiasen en mí?

INÉS.—¿Un comunicado?

ERNESTO.—¡Con mi firma, sí! ¡Terrible!

INÉS.—¿Sobre qué?

ERNESTO.—¡Sobre qué!... ¡Sobre todas estas infamias, pues!... ¡Oh, yo sé hacer las cosas! He revelado la verdad.

INÉS.—(*vendo hacia la izquierda y asomándose á la puerta*) ¡Más bajo, por favor!

ERNESTO.—Pues dentro de un momento la ciudad comenzará á enterarse; mañana sabrá la verdad el país, el mundo. ¡Y era tiempo!

INÉS.—Pero...

AMALIA.—¿De qué verdad habla Vd?

INÉS.—¡Explíquese, por Dios!

ERNESTO.—Que «Apoteosis», no es de Cienfuegos, sino de Julián! ¡Lo he dicho con todas sus letras, abonado con mi firma! ¡Porque yo estoy siempre pronto al sacrificio por mis amigos, por mis hermanos!

AMALIA.—¿Pero qué dice? (*á Inés*).

ERNESTO.—El comunicado dice textualmente: «Yo mismo, con mis propios ojos, he visto las correcciones, que no son tales correcciones, sino un drama nuevo, entero y verdadero! ¡El triunfo de anoche no es de Cienfuegos! ¡Al César lo que es del Cesar! ¡Aplaudamos á Julián Gómez! ¡El es el único autor de «Apoteosis»! Y mi firma: Ernesto Viera!... ¿Dónde está Julián?

AMALIA.—Creo que duerme aún. (*Inés, soberbia de ira, se contiene aún*).

ERNESTO.—Sería bueno despertarlo. ¡La noticia le dará tanto gusto!

INÉS.—(*sarcástica*) ¡Y estos son los amigos de Julián! ¡No le dará gusto, no! ¡Le causará enojo y repugnancia! Julián puede, fuera de sí, en un arrebato, hacer semejantes revelaciones, para arrepentirse después .. Pero á sangre fría... á sangre fría... ¡Lo juzgará tan mezquino y tan bajo y tan ruin como hacerse devolver una miserable limosna que lo ha dejado tan rico como antes!...

AMALIA.—¡Es verdad!

ERNESTO.—Señora... Yo creía hacerle un servicio...

INÉS.—¡Oh, no dudo de sus intenciones! Pero no son ustedes los llamados á interpretar y reflejar á mi marido... ¡Apenas si puedo hacerlo yo, con la clarovidencia de las madres y de las amantes!...

ERNESTO (*confundido*).—Señora... yo...

INÉS.—Vd... Vd. no lo comprende... ¡Vd. no es ni siquiera capaz de cumplir su palabra empeñada... ¡Sabe por qué se lo digo!... Sabe que después de aquella tarde horrible no debió poner los pies en esta casa, no debió acercarse nuevamente á Julián!... ¡Vaya, váyase Vd! ¡Acabará de asesinármemelo! ¡No quiero que vuelva á tocarle un pelo de la ropa! (*terrible*) ¿Ha oído Vd?

ERNESTO.—Señora... Comprendo... Lamento... Soy culpable... Todos podemos equivocarnos, extraviarnos... Pero no merezco ese rigor.

INÉS.—¡Que no!

ERNESTO.—Y no me es posible marcharme—¡sí, me iré!—antes de decirle. . ¡Quizá cambie usted de opinión á mi respecto, cuando le diga que visto otra vez á Bermúdez que le he hablado al alma y que vendrá en seguida para llevarse á Julián, para devolverle lo que le pertenece, para

imponerlo á la admiración y al respeto de todos!...

INÉS.—¡No ha hecho usted sino parte de su deber! ¡Mucho le falta para lavar sus culpas!...

AMALIA.—¿Y el señor Bermúdez?

INES.—Todo lo puede ya, gracias al discurso programa de hoy. ¡Una maravilla! ¡El triunfo más colosal!

AMALIA.—¡También «ajeno»!...

ERNESTO.—¡Una pieza oratoria estupenda! ¡Ha arrebatado! En adelante, Bermúdez será cuanto se le ocurra; ministro, presidente!... Vendrá con algo para Julián ¡un gran empleo, sin duda!

INÉS.—¡Dios lo quiera!

ERNESTO.—Y aun más... Con una carta del ministro de instrucción allanará todas las dificultades ¡y el drama subirá á la escena!...

INES (*muy enternecida, casi llorando*).—¡Madre mía! ¡Con tal que no sea demasiado tarde!

AMALIA.—¡Abrázame! ¡No temas ya! ¡Respira, hija mía!

ERNESTO.—¡Estoy absuelto!

ESCENA IX

Dichos—JULIAN

ERNESTO (*corriendo hacia él*)—¡Ah, Julián! ¡Buenas noticias! ¡Magníficas noticias!

JULIÁN.—¿Sí?

INÉS.—¡Julián, Julián!

JULIÁN.—¿Qué?

AMALIA.—¡Amigo mío!

JULIÁN.—Déjame (*á Inés, desfallecido; se sienta completamente aniquilado*).

INÉS.—¿Dormiste un rato?

JULIÁN.—¿Eh?... ¡Ah!... sí.

ERNESTO.—¡Mira Julián! oye lo que dice este diario.

AMALIA.—Aguarde usted un momento ¿no ve?...

ERNESTO.—Pero ¿qué te pasa, Julián?

JULIÁN.—¿A mí?... ¿Pasar?... Nada, nada.

AMALIA (*á Ernesto*).—Sería mejor dejarlo... Retirarse...

INÉS (*que está entre los dos, mira á Ernesto, luego á Julián.*—¡Sí! ¡que se marche ese hombre! (*con espanto*). ¡Oh, qué horror!... ¡Ahora se parecen!...

ERNESTO.—Señora...

AMALIA.—¡Déjelo usted! ¡Retírese!

ERNESTO.—¡Se me ofende injustamente!... ¡Si yo puedo hacerlo reaccionar!... ¡Mi cariño, mi lealtad! ¡Toma, toma Julián! ¡lee esta noticia...

JULIÁN.—¿Qué? (*tomando el periódico desganadamente*).

ERNESTO.—¡Aquí! ¡Lee!...

JULIÁN (*recorre la columna sin fijar los ojos*). —Muy bonito... Muy bonito (*deja caer el periódico*).

ERNESTO (*recogiéndolo*)!—¡Oh! pero esto te interesa, tiene que interesarte muchísimo, ¡Oye, por lo menos esta noticia! (*lee*): «Última hora.—Acontecimiento político.—De acontecimiento político es ya calificado por todo el mundo el magno discurso-programa con que acaba de sorprendernos y arrebatarnos el Sr. Bermúdez, y que abre nuevos é inmensos horizontes á la política y el porvenir de la nación, agrupando en torno de una magnífica idea de solidaridad humana generosa y triunfadora, á todos los hombres de buena voluntad, desde el proletario que gime en la miseria hasta el multimillonario ahito de goces. ¡Este programa no es, solo, nacional! Desborda de las fronteras, para hacerse continental, universal!... De hoy en más yérguese en nuestro país un partido inmenso, formidable, incontrarrestable que, sino nos da la imposible felicidad absoluta,

nos dará la perfección dentro de lo humano: la justicia integral, el reinado de la equidad, en todo y para todo. Tal es la genial, la admirable y gigantesca obra de Bermúdez...»

(Esta lectura debe servir de acompañamiento á un juego, muy sobrio de Julián, luchando terrible é inútilmente por entender).

JULIÁN.—De Bermúdez, sí... ¿Por qué lees?... No puedo entenderte... Te oigo y tus palabras confusas me zumban en los oídos... ¿Por qué... no hablas... más claro?...

INÉS.—Márchese usted, se lo suplico... No lo atormente... ¡Yo sola lo comprendo! ¡Lo veo como fué!

ERNESTO.—¿Si se llamara un médico? (*á Amalia*).

AMALIA (*á Inés*).—¿Un médico?

INÉS.—¡Sí! Que llame al que ya lo ha visto, al vecino; que nos deje; que no vuelva...

ERNESTO.—Aquí está Bermúdez.

INÉS.—Por fin.

AMALIA.—Quizá su presencia... las noticias. Dejémoslos solos. (*Váse*).

INÉS.—¡Ah!...

ERNESTO.—¡Adelante, señor Bermúdez, adelante! (*Aparte*) Voy por el médico. (*Váse*).

ESCENA X

JULIÁN, INÉS, BERMÚDEZ

BERMÚDEZ (*entrando entusiasmado*)—Señoras... (*corre hacia Julián*)! ¡Ah, mi querido, mi querido amigo! ¡Hemos triunfado! ¡Hemos triunfado en toda la línea! ¡Qué entusiasmo! ¡Qué delirio! ¡Qué estupenda victoria! ¡El mundo es nuestro!... ¡De hoy en adelante no nos separaremos ya! ¡Usted es mi brazo derecho, mi cerebro, el cerebro del país! ¡Pero deme usted un abrazo!...

INÉS.—(*al foro*) ¡Hoy todos han entrado así, triunfantes, enajenados, ¡y él!...

BERMÚDEZ.—¡No soy ingrato, no! ¡A usted se lo debo todo, y todo se lo restituiré!

JULIÁN.—Sí...

BERMÚDEZ.—¡Sí! ¡Ahora lo proclamo! ¡Usted será mi segundo! ¡No! ¡El primero! Usted será la cabeza, yo la mano: usted el pensamiento, yo la acción! ¡Y así siempre, hasta la muerte, de batalla en batalla, de victoria en victoria!... ¿Quién nos detiene? ¡Adelante, adelante, mi querido, mi gran Julián!

INES (*fatídica*).—¡Llegó usted tarde!

BERMÚDEZ.—¡Cómo! ¡Qué quiere decir eso! ¿Qué tiene usted? ¡Hable, Julián, diga!...

INÉS (*con voz reconcentrada*).—¡Es la muerte ó...

BERMÚDEZ.—¡Qué horror! ¡Qué injusticia!... ¡No puede ser, no puede ser!...

INÉS.—¿No le ve usted?...

BERMÚDEZ:—¡Un médico!

AMALIA.—Han ido á buscarlo.

BERMÚDEZ.—¡Julián, mi buen Julián! ¡Mi grande y noble amigo! ¡Conteste Vd.! ¿Sufre? ¿Siente algun dolor?

JULIÁN.—¿Dolor? No.

BERMÚDEZ—¿La cabeza?...

JULIÁN.—U... como si no tuviera... cabeza... Nada...

BERMÚDEZ.—¿No le duele?

JULIAN.—Nada.

BERMÚDEZ.—¡Entonces alégrese Vd.!

JULIÁN—Sí.

BERMÚDEZ.—Traigo las manos llenas de felicidades...

JULIÁN.—Sí.

BERMÚDEZ.—En medio de la embriaguez del triunfo no me olvidé de Vd... ¡Me desprendí de todos. . de todo! Corrí á ver al ministro... al teatro... ¡Llega la gloria y la fortuna Julián!... ¡Tome, tome Vd.! ¡Es la primera prueba de que ahora lo podemos todo!... ¡El primer peldaño! Tome Vd...

JULIÁN.—¿Qué?

BERMÚDEZ.—Su nombramiento... Subsecretario del ministerio del interior... ¡Se reconocerá su valía! ¡No habrá puerta cerrada para Vd.! ¡Todo queda á su alcance, á su capricho! ¡El porvenir es suyo!...

JULIÁN.—El porvenir... (*como buscando el significado de la palabra*).

BERMÚDEZ (*afligido*).—No reacciona.

INÉS (*como enloquecida hasta el fin*).—¡No! ¡No reacciona! ¡No! ¡No vive! ¡No! ¡Ya es un guiñapo! ¡Este hombre ha sido muchos hombres! ¡Esta derrota está hecha de muchos triunfos!

BERMÚDEZ (*irguiéndose irritado, y compadeciéndose en seguida*).—¡Oh!

INÉS.—¡Y usted! ¡Usted que viene tarde á devolverle lo suyo, usted daría poco, si le diera toda la sangre de sus venas!

BERMÚDEZ (*profundamente compadecido*).—¡La daría!

INÉS.—¡Oh, aunque lo quiera no puede, porque ese sacrificio está reservado para mí, sólo para mí! ¡Sera mi único consuelo, mi única gloria!

ESCENA XI

Dichos—AMALIA

AMALIA —¡Cálmate, Inés!

INÉS.—Y usted que ha contribuído tanto á acabar con su vida, usted no tiene sitio aquí. ¡Su tardía equidad es una mentira más, una escarnecedora y sangrienta mentira! (*ahogándose en llanto cada vez más*); usted: como los otros, oculta el crímen tras de las lágrimas que dicen: «¡Yo no fuí!» «¡y nadie ha sido, porque todos lloran!»

Cae de bruces sobre Julián, que le acaricia el cabello, extrañado.

JULIÁN.—¿Lloras?... ¿Por qué?

BERMÚDEZ—¡Desgraciados!

AMALIA.—¡Oh, señor!

BERMÚDEZ—Comprendo ese dolor... ¡Es también mío!

INÉS (*entre sollozos*).—¡Julián! ¡Julián!

ESCENA XII

Dichos—EL MÉDICO—ERNESTO

MÉDICO.—¿Dónde está el enfermo?

ERNESTO.—Allí.

MÉDICO (*á Inés*).—Levántese usted, señora.

(Escena muda. El médico examina á Julián. Le habla en vos baja. Inés y Amalia lo rodean. Bermúdez se aproxima. Ernesto queda detrás del grupo, entre éste y la puerta de calle.)

ESCENA XIII (1)

Dichos—CABALLEROS 1° y 2° vestidos de negro

Ernesto se separa del grupo y va hacia la puerta. Aparecen los caballeros, permaneciendo junto á ella.

ERNESTO.—¿Qué deseaban ustedes? (*los saluda como á conocidos*).

CABALLERO 1°.—Venimos en representación de Cienfuegos.

CABALLERO 2°.—Los insultos que...

ERNESTO.—¿Un desafío?

CABALLERO 1°.—Se impone.

ERNESTO.—¡Imposible!

CABALLERO 2°.—Son nuestras instrucciones.

ERNESTO.—¡José! ¡Qué ingratitud!... ¡A Julián!

CABALLERO 1°.—Lo ha insultado.

ERNESTO.—¡Más lo insulto yo, públicamente!

CABALLERO 2° (*con cierta ironía despectiva*).—De usted no nos ha hablado.

ERNESTO.—¡Pero si Julián se está muriendo!

CABALLERO 1°.—¿Cómo?

ERNESTO.—Miren ustedes...

CABALLERO 1°.—¡Ah!

ERNESTO.—Lo han... ¡lo hemos asesinado!

CABALLERO 1°.—Siendo así...

(Se consultan, sin separar la vista del grupo.)

CABALLERO 1º.—Nos retiramos.
CABALLERO 2º.—Haremos constar la diligencia...
CABALLERO 1º.—Y si más tarde hay lugar... (*Se despiden y vanse*).

ESCENA XIV

Dichos—Menos CABALLEROS 1º y 2º

Luego el médico se desprende del grupo y se acerca á Bermúdez que se adelanta á su vez. Inés les sigue á hurtadillas para sorprender la sentencia).

BERMUDEZ.—¿Su diagnóstico?
MÉDICO.—Hace meses que lo preveía: Se apagó el cerebro.
BERMUDEZ.—Para siempre.
MÉDICO.—Para siempre... sí.
BERMUDEZ.—¡El, que nació para gobernar el mundo!
INÉS (*en un arrebato desesperado*).—¡Y que lo ha gobernado por mano ajena! (*con la solemnidad de un juramento*): ¡Oh, pero tu pensamiento vivirá, yo te lo juro! ¡Tu *Anónimo* rasgará la noche, será luz! ¡El triunfo de los otros es el tuyo, Julián!

(Vuelve á caer como en la escena XI).

TELÓN.

(1) Esta escena puede ser suprimida en la representación, continuando en la escena XIV, sin modificación alguna.

CASA EDITORA M. RODRIGUEZ GILES
B. Mitre
1423.
BUENOS AIRES